

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERÚ 1887

Valores y giros a A. Barrera

UNA POSICION INTERNACIONAL

Nosotros, enemigos irreductibles de toda alianza con los partidos políticos de izquierda y con las organizaciones obreras reformistas incapaces para una acción revolucionaria, hemos definido claramente nuestro punto de vista en lo que respecta a la unidad del proletariado y a las actividades de los anarquistas en el movimiento obrero. De esa definición en el terreno que sirve de escenario a nuestra propaganda, por sus valores propios y por la vitalidad del mismo movimiento anarquista de la Argentina, depende la posición que ocupamos internacionalmente, pues no es posible juzgar el desarrollo de la propaganda de un país apartándose de su historia y negando las condiciones morales y materiales que le son características.

La defensa de nuestro movimiento, aún cuando choque en algunos conceptos tácticos y en las formas externas de su desarrollo con las orientaciones ya tradicionales del anarquismo europeo, no puede ser abandonada por nosotros. Y poco importa que los compañeros más autorizados para discutir la ideología anarquista, porque no participan de nuestro concepto "divisionista", parezcan dar la razón a los que, entre nosotros, defienden la unidad proletaria y la organización específica del anarquismo para ocultar sus felonías y sus traiciones a las ideas.

Repetimos que la valorización del movimiento anarquista de la Argentina está en su propia historia, en sus luchas y en el caudal de energías que posee como concepción revolucionaria que no acepta ninguna clase de compromisos con los partidos marxistas ni mucho menos reniega de lo que es elemental para su futuro desarrollo: la oposición a la idea de Estado y el rechazo de las ficciones autoritarias del comunismo de última hora. ¿Qué valor representa, para la propaganda revolucionaria de este país, un anarquismo que carece de representación y de fuerzas propias, que vive de imitaciones extrañas y de desechos doctrinarios de otras tendencias, aun cuando ese anarquismo se intitule "nuevo" y trate de justificar sus "novedades" alegando la coincidencia con el pensamiento de los compañeros de Europa?

Los audaces que aquí dieron en llamarse "anarquistas nuevos", ya que no pueden valorizar su tendencia confusionista y justificar sus sospechosas actividades con hechos propios, recurren a la autorizada opinión de compañeros europeos, siempre que viertan opiniones en apariencia favorables a su política uni-

taria... Y así, un día dicen que Sebastián Faure les dá la razón, que Malatesta "autorizó" lo que ellos hacen, o que Luis Fabbrí se coloca en su mismo punto de vista, creyendo en esa forma justificarse ante los anarquistas del exterior. Pero ¿cómo se justifican ante los anarquistas de la Argentina, entre los cuales actúan y pretenden crear un "movimiento propio" que favorezca la política confusionista de Moscú, a cuyo servicio están desde hace varios

coincido con ellos... ¿En qué? De seguro que no será en su política confusionista y en sus avances hacia Moscú. Veamos en que forma se anuncia el "descubrimiento":

"El compañero Fernando Gonzalo ha recibido una extensa carta del camarada Max Nettlau, el viejo y sabio historiador del anarquismo. La hemos leído con el dulce placer de todo aquello que nos recuerda la epopeya gloriosa del anarquismo, uno de cuyos más austeros varones

siones que afligen y quebrantan al proletariado y coincidiendo absolutamente con la opinión que número a número sostenemos en "El Libertario", afirma de que ellas solo benefician al capitalismo que "alegremente se frota las manos".

Suponiendo que no se trate de un "bluff", es bueno dejar sentado este antecedente. Max Nettlau, al recibir y contestar la carta del tal Gonzalo, no sabía seguramente que se trataba de un agente político de la gauchoeracia criolla — empleado del gobernador de la provincia de Tucumán — para quien la "unidad del proletariado" constituye un recurso obrerista cuyo valor demostraron prácticamente los bolcheviques rusos. En teoría, puede que Nettlau le haya dado la razón—aunque lo dudamos—, pero esa misma arma carece de valor, precisamente porque la esgrime un individuo que nada tiene de común con la clase trabajadora y con el movimiento anarquista de la Argentina, y que es sabiéndose un agente político y patronal que solo busca su bienestar mezclándose en la propaganda revolucionaria.

No se trata, pues, de buscar coincidencias de opiniones en lo que hablen o escriban los compañeros de Europa. El movimiento anarquista de cada país vale por lo que sea capaz de realizar por sí mismo, por los medios de que disponga para la propaganda y por lo que represente en la conciencia del proletariado militante. En ese sentido ¿dónde está la representación y el valor de la llamada Alianza Libertaria Argentina? ¿Dónde está la capacidad de sus dirigentes y la influencia que ejercen en el movimiento obrero revolucionario de la Argentina? ¿A qué lectores se dirigen los que redactan ese pasquin confusionista intitolado "El Libertario" y que en su corta vida ya nos ofreció los exponentes de la inmoralidad y el chantaje: un administrador y un secretario de correspondencia para el exterior que eran al mismo tiempo confidentes policiales?

Obras son amores. Y si por sus obras debemos juzgar a los componentes de la A. L. A. — organización sin adherentes que se abroga la representación del "anarquismo organizador" de la Argentina —, cabe confesar que no hay por donde comenzar la tarea.

¿No es esa conducta de los "anarquistas nuevos", aliados con los peores elementos de la política y del reformismo sindical, la que deben tener muy en cuenta los anarquistas de Europa y América?

En nuestros planes de instrucción debemos huir de los sofistas que hacen demagogos, y del monarquismo que hace esclavos y caracteres disimulados.

J. B. ALBERDI

EL CUCO



—Ten juicio siempre, y mucha paciencia, sino vendrá el francés a esclavizarte y te morirás de hambre...

años? ¡Ah, eso es tarea difícil para agentes completamente desprestigiadas y que carecen del más mínimo apoyo por parte del proletariado consciente!

Feles a su táctica de buscar en Europa los elementos "básicos" de su tendencia dictatorial, los "anarquistas nuevos", desde su orgullo policial, dieron la estúpida noticia de que Max Nettlau también había

es Max Nettlau. Hubiéramos deseado publicar íntegramente la larga y jugosa carta de este gran viejo luchador, pero su expresa voluntad de no hacerlo, juzgando que sus manifestaciones a Fernando Gonzalo tienen un carácter confidencial, nos obliga a reservarlo, privando a los camaradas de su conocimiento.

"Solo deseamos manifestar que Max Nettlau, hablando de las divi-

NOTAS

Individualismo

El individualismo anarquista tuvo ya su actuación en esta parte del mundo y desapareció luego. Sus cultores, que no fueron pocos, han desaparecido también, casi sin excepción. Casi todos ellos han ido cayendo poco a poco del recalcitrante individualismo al gregarismo más rebañado. El compañero lector puede nombrar mentalmente a varios de estos caídos de cabeza en el último vástago de la camaleona regional.

La mayoría de los cultores y teorizantes del individualismo, en la región argentina, han dado ese pobre espectáculo, cuando no el menos recomendable de ir a ofrecer sus servicios a la burguesía o al Estado. No faltan las excepciones, desde luego, como en todas las cosas. Pero la realidad, amarga es siempre la realidad, es que los individualistas han fracasado, no ya como idealistas, sino que también como individuos. No han podido sostener con honra su individualidad, ni siquiera durante su juventud. Entiéndase que solo nos referimos aquí a los que predicaron entre nosotros esa teoría de la superación... Hay quienes sin haberse peleado con la colectividad ni el embanderamiento han realizado sin embargo una constante labor de superación individual, en la cual siguen trabajando al mismo tiempo que ofrendan a la colectividad de sus simpatías su diario esfuerzo emancipador.

De los individualistas caídos ya, nadie se acuerda, como no sea para indicar irónicamente: "Aquí crió tocino a costa de la colectividad un ex enemigo suyo". ¿A qué viene, entonces, la actual exhumación de la vieja teoría, fracasada, enterrada por sus mismos cultores?

Admiradores del bruto

Juventud que has hecho de una mole de carne y hueso tu culto y adoras al más gigante de los brutos bipedales; juventud que finges estudiar y toda tu atención la fijas en la rotación de ese *astiv* de la trompada y todos tus entusiasmos se vuelcan en los talones de ese bisonte enderezado que pasa triunfante por todas las pistas; juventud que le restas amor al estudio y a la mujer para ofrendar lo mejor de tu espíritu al campeón de la trompada; juventud que te arrebañas para gritar tus simpatías y tu adoración por esa gloria de baratillo, que das el más ridículo de los espectáculos aplaudiendo la más bruta manifestación de la fuerza — tú que eres alma, energía, elemento de civilización y de superación! — juventud que tuercas de intento la ruta de tu destino para enlodarte descendiendo al fango del más grosero materialismo donde se revuelca, ese chanecho que se ha enriquecido dando trompadas: tú debes convertirte que la cualidad que se destaca en tu bagaje moral y físico es la brutalidad. Tan brutos como Firpo son sus admiradores; ni más ni menos.

Tartufos

De cuando en cuando nos dice alguien la burrada corriente: "Yo también he sido anarquista, pero con el tiempo me convencí de que no podía llegar a anarquista". — y se queda tan grave como si hubiera pronunciado una sentencia filosófica.

La mala es que esos individuos casi siempre creen que han sido lo que dicen; porque así anda el concepto por ahí: se creen anarquistas muchos obreros que apenas son gremialistas, piensan que el anarquismo se reduce a practicar el sindicalismo, es decir a cotizar en las tesorerías del sindicato y no traccionar los movimientos huelguistas. La anarquía, para esos individuos, es algo "que tiene que venir", que la deben traer los que la predicán y extenderla ante los ojos del proletariado, como una ciudad de casitas flamantes e inhabitadas, para que cada cual elija la que le guste y tome posesión de ella.

Y, naturalmente, como ésta "no llega", como esa maravilla no se desdobra ante sus ojos, se cansan de esperar y dejan de ser anarquistas.

Pero lo peor no es que esos individuos dejen de ser, sino que van por el mundo sembrando el pesimismo entre la juventud, hablando mal de la idea, de una idea que no han conocido y que ni siquiera saben respetar!

Los cómplices

Sobre el gobierno ruso pesa, entre otros crímenes repugnantes, la enorme responsabilidad de la masacre de Cronstadt, de esa espantosa carnicería de revolucionarios, puede decirse de lo más digno que tenía Rusia, ya que después de aquellos valerosos rebeldes ningún grupo de hombres ha levantado la cabeza contra la comisariocracia bolchevique.

Esa hecatombe de obreros y de marineros revolucionarios es solo comparable — sino peor por su magnitud, al menos por la calidad de los caídos — a nuestra Santa Cruz. Cronstadt es la mayor gloria del militarismo bolchevique, como Santa Cruz lo es del ejército argentino. La única diferencia consiste en que los rebeldes masacrados en la Patagonia tuvieron su vengador y los obreros y marineros rusos esperan todavía el suyo. Trótzky conserva aun su cabeza sobre los hombros, esa cabeza de verdugo sobre la que pesan centenares y millares de muertos.

Cómplices de aquel monstruoso crimen son todos los que apoyan aquella comisariocracia asesina que impera en Rusia: todos los políticos que se bautizan con el nombre de comunistas, en cualquier parte del mundo que actúen, tienen sobre sí una gran parte de responsabilidad en ese crimen, son cómplices de los asesinos; tienen las manos teñidas en sangre porque han estrechado las del verdugo.

¿Comunistas? ¡No! Es más propio, así como es más breve, el calificativo de cómplices. Los "comunistas" de todas partes han aprobado la hecatombe de Cronstadt; han bebido como vampiros de aquellos mártires la sangre derramada por los verdugos del pueblo ruso. Lo único que tienen de rojo son esas manchas de sangre rebelde que ostentan.

¿Comunistas? ¡No, compañeros! Cómplices de la comisariocracia degolladora que impera en Rusia en reemplazo del zar; cómplice del verdugaje rojo — rojo a fuerza de salirse en sangre — que degolló la revolución rusa en la persona de los revolucionarios.

¿Y hemos de seguir contemporizando y discutiendo con los cómplices de los verdugos de nuestros hermanos?

El osario de España

Al pueblo español no puede haberle ocurrido peor desgracia que la de que a sus gobernantes, a sus magnates y verdugos se les ocurriera proteger a los moros. Desde ese día el pueblo español tiene su osario en la cabecera del continente negro; por ahí sangra eternamente la población pobre de la península ibérica; es Marruecos una arteria cortada por donde se le va la vida a España; y se le va la vida sin que el mundo civilizado formule su protesta, a pesar que esto sucede en las mismas narices de la civilización.

Continuamente se hacen levas entre la mozada española con destino al matadero africano; se recluta lo mejor y más sano del pueblo productor para mantener vivo el fuego del protectorado, para alimentar la hoguera encendida en las montañas marroquíes. Y ninguna voz se levanta para condenar ese perpetuo sacrificio de la juventud española, ese continuo echar carne a las fieras.

¿Pero quién ha de protestar, quién ha

de condenar el tremendo crimen, si en España el pueblo no tiene voz y "los empresarios de la guerra, los fabricantes de armas y los miembros del gobierno todos son los mismos?"

Actualmente mientras los moros se divierten cazando soldados españoles, mientras se repite el desastre de Annual, los miembros del gobierno se hallan en San Sebastián "matando" el ocio en constante orgía. Desde allí han ordenado un nuevo zarpaço a la juventud y numerosos contingentes saldrán en breve para Melilla. He ahí con qué facilidad el gobierno resuelve el problema de los desastres...

Pero ¿y el pueblo español no ha resuelto aun boicotear aquel osario? ¿No ha pensado segar las cabezas de sus verdugos, negarse a embarcar para Marruecos, hacerse matar sobre el suelo de su patria, cualquier cosa antes que seguir sirviendo de pasto al monstruo del protectorado?

¿Caramba! Nos parece que ningún pueblo hubiera aguantado tanto. ¿Se precisa tener espíritu de acémila o haber perdido enteramente la voluntad!

Con ocasión de una encuesta interesante

La revista "Páginas Libres" de Sevilla propone una encuesta sobre el siguiente tema:

¿Reclaman las circunstancias y las enseñanzas históricas alguna modificación o algún aporte nuevo al conjunto de las teorías que componen la doctrina comunista anarquista? ¿Cuál es ese aporte o esa modificación?

La encuesta se dirige a una cantidad de camaradas de España, y será muy interesante oír las opiniones e impresiones de hombres que han pasado estos nueve terribles años en un país que las luchas sociales fueron muy ásperas, pero en donde la mentalidad general no fué esclafada y desquiliada por los odios, horrores y sufrimientos que afligían y que afectan y arruinan aún los países que participan directamente en la guerra. Pero la cuestión merece la atención de los camaradas de todos los países, tiene su puesto en un congreso internacional y confío en que su discusión se hará en todas partes y también que se comunicarán mutuamente los resultados obtenidos. Porque es más o menos una expresión de ese sentimiento que experimentamos todos, según creo, de que en esta crisis mundial única, la anarquía, tan bella en nuestras concepciones íntimas, no está ante el mundo, más doliente, más descontento y hasta más inclinado a la rebelión que nunca, de que no habla y no obra sobre una escala tan amplia y con una insistencia y una intensidad tan grandes como nosotros habíamos creído en otro tiempo. Y puesto que ahora han pasado tantos años de una "paz" aparente como los que duró la guerra terrible, y que no estamos sino más hundidos que nunca en una ruina sin salida, es tiempo de discutir seriamente: la fuerza recuperadora de la humanidad es menor de lo que se ha podido creer, y es tiempo de darse cuenta de ello.

Nuestra gran esperanza está basada sobre la necesidad de la libertad que es tan innata en el hombre como lo es en el menor átomo de la materia: la necesidad de renovarse, de desarrollarse libremente es propia a todo organismo. Aun los genios del mal que han puesto en escena esta guerra con tanta ciencia y que se ejercitan ahora en perpetuarla bajo la máscara de una "paz", han sabido manejar con una mano los odios y todas las pasiones brutales, desencadenando orgías de autoridad, pero con la otra mano han horadado la libertad en su beneficio. Han sabido persuadir a todos, a todos absolutamente, que se batían, ellos solos por su parte, por la libertad, defendiéndose contra una tiranía que la otra parte quería imponerles — y es una cuestión difícil de decidir lo que ha contribuido más a hacer aceptar a la humanidad esos sufrimientos inauditos, el sentimiento de odio y de codicia o el sentimiento de combatir por una libertad, desgraciadamente muy imaginaria. Y junto a la autoridad más feroz y bestial se apeló constantemente al ejercicio de la solidaridad, del apoyo mutuo, de la bondad, y gente que se cuidaba muy poco de la autoridad se consagraba voluntariamente a ese servicio en apariencia puramente humanitario. Lo mismo sucedió en Rusia, donde todas las buenas voluntades cooperaban antes que un solo partido creyese llegado el tiempo para escamotear la revolución en su

problema. Se puede, pues, reconocer fácilmente que existe un inmenso fondo de libertad y de solidaridad en la humanidad que exigen más y más la posibilidad de ejercerse, de encontrar una expresión, una realización, — pero desgraciadamente antes que los anarquistas y sindicalistas que desean crear el verdadero terreno para "dar" libre desenvolvimiento a esas facultades y necesidades verdaderamente humanas, libertad y solidaridad, — antes que ellos intervinieron los nacionalistas, estatistas, capitalistas y los usurpadores, los bonapartistas del socialismo, los comunistas actuales, y han derivado, explotado esas tendencias en beneficio suyo, — han creado el lodazal intercapialista que presenta una gran parte de Europa, el lodazal pseudo comunista que presenta Rusia y esa excrecencia de lodazal general, esa verdadera sifilización de la Europa desgraciada, el fascismo en sus formas diversas.

Así la inmensa cantidad de descontentos, de rebeldía y toda esa comprensión del carácter odioso y fraudulento del Estado y del capitalismo que hoy poseen verdaderamente todos en Europa, — eso no fué utilizado en su gran mayoría en la dirección de aspiraciones libertarias, sino que forma o bien un pantano estancado de donde no sale sino muy poco o nada de bueno, o fué canalizado hacia atrás por la reacción y fertiliza más que nunca el triste desierto del nacionalismo, del estatismo, del autoritarismo que da al tirano la ilusión de su propia libertad. El embrutecimiento de los cerebros continúa mejor que nunca.

Hay sin duda manifestaciones numerosas por sí mismas, pero algunas gotas en el mar, si se piensa en las decenas de millones que hicieron lo opuesto, — las manifestaciones de negativa a prestar el servicio militar durante la guerra, pero eso es casi todo lo que se hizo y no exclusivamente por los anarquistas, lejos de ello. Hay también una repugnancia bastante difundida contra el comunismo usurpador a la rusa, pero es contrabalanceada por los celadores desenfrenados que ese comunismo tan atractivo encuentra en todas partes en los espíritus poco cultivos que no experimentan más que una necesidad mínima de verdadera libertad. Quisiera enumerar otras tendencias y signos progresivos — pero no los encuentro. Claro está, no enumero los esfuerzos y tentativas excelentes, pero demasiado débiles para ser consideradas, de las fuerzas generales y no desconozco tampoco las grandes dificultades, persecuciones y otros obstáculos; en rigor se podría mencionar la tendencia creciente a la libre experimentación, a las realizaciones sociales en un medio restringido, pero también en eso somos muy débiles y el verdadero arrastramiento — el gran ímpetu faltan.

En Europa al menos, hablamos demasiado poco al pueblo, que no sabe nada de nosotros. El pueblo no piensa en teorías, pero escucharía en todas partes si una de las cuestiones urgentes, angustiosas, actuales le fuera presentada de un modo práctico. Todos los demás le presentan constantemente esas pseudo soluciones y él las cree. Nosotros nos abstenemos, por que eso es política, estamos disgustados y más bien no decimos nada o decimos generalidades, — por eso no pesamos nada o pesamos muy poco en la opinión pública. Es muy difícil acercarse a las cuestiones prácticas sin perderse en el detalle, sobre todo cuando se ha perdido el hábito, — pero será preciso hacerlo a pesar de todo. Este es un trabajo intelectual que no puede menos de hacernos bien, como ejercicio.

Tal es poco más o menos la situación, según mi impresión, y la actividad de algunos grupos sobre toda la vida que pulula alrededor de algunos periódicos no deben inducirnos a engaño. Nuestra eficacia no está en proporción a la grandeza de la idea anarquista.

Me parece, pues, que no son las ideas, sino los anarquistas quienes reclamarían quizás alguna modificación.

Hemos obtenido en la Europa central y un poco más tarde también en Rusia, esta gran lección tan útil, aunque no es nueva: que la abundancia es la base de la libertad y de la solidaridad, del comunismo libertario por consiguiente, mientras

que la carencia es inseparable de la autoridad y de la codicia, del estatismo y del comunismo autoritario por tanto. El hombre es de buen humor, capaz de ser un buen muchacho, libre y solidario solo cuando no conoce la preocupación inmediata que lo hace arisco, ávido y autoritario. Hay excepciones, los hombres a quienes la miseria hermana, otros a quienes el bienestar corrompe demasiado pronto, pero la gran mayoría no se desenvuelve más que al sol, en el buen tiempo, no en la adversidad.

Antes de la guerra se ocupaba un poco de esta cuestión de la abundancia; se persuadía uno con demasiada facilidad de que por el cultivo intensivo o por el neomalthusianismo o por el trabajo de los actuales ociosos se colmaría pronto toda carencia y que se tendría enseguida la abundancia y las cuatro horas de trabajo a elección de cada uno. Se ve ahora que todo eso es mucho más complicado, que los medios y remedios que se proponen no serían generalmente aceptados más que después de una evolución y no al principio cuando se trata de echar la base de esa revolución. Y se sabe también cuánto nos ha engañado la abundancia aparente en la sociedad actual: se ha vivido siempre casi al día y eso aun gracias por una parte a antiguas acumulaciones (que el período después de 1914 ha empleado y absorbido) y por otra, gracias a la frugalidad enorme y absoluta de la gran masa del pueblo trabajador que trabajaba mucho y consumía un mínimo. El menor desajuste inevitable del pueblo de trabajar menos y de consumir más lleva la crisis y ha sucedido esto: con las destrucciones de la guerra, la desaparición de las acumulaciones y ese primer acto del pueblo que verdaderamente hiere al viejo sistema en el corazón, — el querer trabajar menos y vivir mejor —, todo eso puso un fin a la abundancia siempre precaria, cuando no imaginaria. Y la carencia, la incomodidad, como sabemos, implica la reglamentación, el racionamiento, por consiguiente la autoridad, — y los abusos de la autoridad, corolario inseparable de toda autoridad, la explotación cínica de la miseria, el desafío que los fuertes lanzan a los débiles — la brutalización de los unos, la estupidez de los otros.

Si de un día al otro se aplicaran justamente las ideas de la anarquía más pura en este medio europeo actual, temo que la presión económica demasiado grande, esta carencia general sea un peso excesivo inicial que entrafie, sea una ineficacia que debilite el impulso, sea una reglamentación con todas sus consecuencias autoritarias. Creo, pues, que las soluciones generales están más lejanas ahora de lo que hemos podido creer en otro tiempo.

Hay además este hecho que para la verdadera revolución en Rusia y los pseudo revolucionarios en la Europa central una gran parte del poder político, en la forma al menos, ha pasado a manos de los comunistas y de los socialdemócratas que tienen sed de sangre y que tanto como los nacionalistas surgidos de los nuevos países europeos, están siempre ávidos, sino más aun, de ese poder que los viejos capitalistas mueven a voluntad, simuladamente. Una gran parte del proletariado va a remolque de esos advenedizos, los pequeños zares comunistas y los "junkers" socialdemócratas. ¿Qué se quiere hacer, pues, de todo ese mundo? Yo me complazco en imaginarme teóricamente la tolerancia mutua y la coexistencia, la convivencia, — en la práctica los considero inabordable por esas ideas, afectados de la locura de los Cósares, da la sed de dominación exclusiva y no hacen otra cosa entre sí que imitar la guerra: simulan de los diplomáticos hasta el momento en que pueden exterminar a sus adversarios a sangre y fuego, como en Kronstadt en 1921 y en algunas otras partes.

Queda el sindicalismo y tal vez aun una tendencia de acción popular directa, que se ve aquí y allá, un *sovietismo* autoritario que, experimentado esta vez, no querrá dejarse despojar por un partido comunista como se hizo en Rusia inmediatamente después de la victoria inicial de los soviets. El sindicalismo europeo está tan mutuamente desgarrado como lo están los Estados y las naciones entre sí; logro sobre todo contrarrestarse en reclusión, puesto que si unos desean o hacen algo, los otros están seguros de hacer otra cosa o absolutamente nada. Y este *sovietismo independiente* no se ha demostrado aun en los hechos. Estos movimientos y corrientes absorberían todas las fuerzas anarquistas, pero la esperanza de que los anarquistas puedan arrastrarlos verdaderamente es bien pequeña; quedarían ahogados en ella.

¿Qué hacer en estas circunstancias? Hay muchos factores revolucionarios en nuestra época, pero a consecuencia de la omnipotencia acordada desde 1914 a la autoridad y a todas sus manifestaciones brutales, retrógradas, que reconstruyen una edad media europea que sería carnavalesca sino implicara tantos sufrimientos, — a consecuencia de eso, como una fuerza magnética las manifestaciones y actos populares se han orientado también en la dirección autoritaria, infaliblemente retrógrada; no se sueña más que en la autoridad popular, en un cambio de amos por tanto, — no en la libertad. El pueblo olvidó la libertad y debe hacer un nuevo aprendizaje como un paralítico que haya sido curado y aprende de nuevo a caminar.

Por el contrario el aprendizaje social del pueblo está hecho, por decirlo así y esto sucedió más pronto de lo que se esperaba. Hoy, en Europa, el descontento

social es general y el capitalista, el patrón, es reconocido como factor explotador y parásito; cada cual ha tomado su partido, tanto si experimenta una indignación sincera, como si tiene el secreto deseo de ser patrón, capitalista a su vez. El socialismo más amplio no asombraría ya a nadie; se asombra uno más bien de lo que los socialistas calificadas lo transforman en una cuestión sutil que no podría resolverse más que con su ayuda, con mil leyes y reglamentaciones; y los comunistas hacen una doctrina personal, una revelación de que ellos solos son los sacerdotes de la casta gobernante. El pueblo no entra en esa jurisprudencia y en esa teología; no cree en la dicha social que depende de los buenos oficios de estas nuevas castas, socialistas, legisladores y comunistas dominadores, — y la confianza, la fe en los verdaderos cambios sociales salvadores, se van.

Es muy difícil decir a qué tendencia un poco progresiva que resista sin embargo a esa atracción magnética del autoritarismo se asociarán mejor la propaganda y el esfuerzo anarquista, para desembarazar el caos presente y crear lo más pronto posible una nueva corriente libertaria. Esto será diferente en absoluto para cada país, puesto que los países están más diferenciados que nunca y el juego de la reacción quiere que estas diferencias se acentúen. ¿Qué similitud puede existir para tales cuestiones que exigen el estudio y la experiencia, locales, en un país en que todo el movimiento obrero está por decirlo así bajo la impresión del espíritu anarquista, como es el caso en la Argentina, — y otros grandes países en que hay movimientos inmensos dirigidos por los socialistas autoritarios y en que la anarquía es una minoría muy pequeña que no tiene apenas más que una influencia indirecta y "parcial" sobre un número de sindicatos. Me parece que no habría más que esta regla práctica: utilizar las fuerzas existentes del modo más eficaz; por consiguiente allí donde hay pocos anarquistas deberán ante todo difundir sus ideas integrales, insistiendo lo más posible sobre la libertad, para ensanchar sus filas y su esfera de acción, — allí donde hay muchos podrán profundizar el aspecto social de las ideas, penetrar en los sindicatos, etc., pero siempre conscientes de que la siembra de las ideas y no el sindicalismo de un matiz un poco más federalista u otras necesidades útiles es su tarea principal.

Pero repito, entre los dos extremos, el de dejarlo todo al azar y el de ocuparse de tal modo de las cuestiones locales, sindicales y demás, para ser ahogados y eliminados como factores anarquistas, hay un vasto terreno sobre el cual, por un verdadero estudio y la experiencia se encontrará el punto de apoyo de la palabra anarquista, — y es eso lo que hay que

reclamar en la Europa central una gran parte del poder político, en la forma al menos, ha pasado a manos de los comunistas y de los socialdemócratas que tienen sed de sangre y que tanto como los nacionalistas surgidos de los nuevos países europeos, están siempre ávidos, sino más aun, de ese poder que los viejos capitalistas mueven a voluntad, simuladamente. Una gran parte del proletariado va a remolque de esos advenedizos, los pequeños zares comunistas y los "junkers" socialdemócratas. ¿Qué se quiere hacer, pues, de todo ese mundo? Yo me complazco en imaginarme teóricamente la tolerancia mutua y la coexistencia, la convivencia, — en la práctica los considero inabordable por esas ideas, afectados de la locura de los Cósares, da la sed de dominación exclusiva y no hacen otra cosa entre sí que imitar la guerra: simulan de los diplomáticos hasta el momento en que pueden exterminar a sus adversarios a sangre y fuego, como en Kronstadt en 1921 y en algunas otras partes.

Queda el sindicalismo y tal vez aun una tendencia de acción popular directa, que se ve aquí y allá, un *sovietismo* autoritario que, experimentado esta vez, no querrá dejarse despojar por un partido comunista como se hizo en Rusia inmediatamente después de la victoria inicial de los soviets. El sindicalismo europeo está tan mutuamente desgarrado como lo están los Estados y las naciones entre sí; logro sobre todo contrarrestarse en reclusión, puesto que si unos desean o hacen algo, los otros están seguros de hacer otra cosa o absolutamente nada. Y este *sovietismo independiente* no se ha demostrado aun en los hechos. Estos movimientos y corrientes absorberían todas las fuerzas anarquistas, pero la esperanza de que los anarquistas puedan arrastrarlos verdaderamente es bien pequeña; quedarían ahogados en ella.

¿Qué hacer en estas circunstancias? Hay muchos factores revolucionarios en nuestra época, pero a consecuencia de la omnipotencia acordada desde 1914 a la autoridad y a todas sus manifestaciones brutales, retrógradas, que reconstruyen una edad media europea que sería carnavalesca sino implicara tantos sufrimientos, — a consecuencia de eso, como una fuerza magnética las manifestaciones y actos populares se han orientado también en la dirección autoritaria, infaliblemente retrógrada; no se sueña más que en la autoridad popular, en un cambio de amos por tanto, — no en la libertad. El pueblo olvidó la libertad y debe hacer un nuevo aprendizaje como un paralítico que haya sido curado y aprende de nuevo a caminar.

Por el contrario el aprendizaje social del pueblo está hecho, por decirlo así y esto sucedió más pronto de lo que se esperaba. Hoy, en Europa, el descontento

social es general y el capitalista, el patrón, es reconocido como factor explotador y parásito; cada cual ha tomado su partido, tanto si experimenta una indignación sincera, como si tiene el secreto deseo de ser patrón, capitalista a su vez. El socialismo más amplio no asombraría ya a nadie; se asombra uno más bien de lo que los socialistas calificadas lo transforman en una cuestión sutil que no podría resolverse más que con su ayuda, con mil leyes y reglamentaciones; y los comunistas hacen una doctrina personal, una revelación de que ellos solos son los sacerdotes de la casta gobernante. El pueblo no entra en esa jurisprudencia y en esa teología; no cree en la dicha social que depende de los buenos oficios de estas nuevas castas, socialistas, legisladores y comunistas dominadores, — y la confianza, la fe en los verdaderos cambios sociales salvadores, se van.

Es muy difícil decir a qué tendencia un poco progresiva que resista sin embargo a esa atracción magnética del autoritarismo se asociarán mejor la propaganda y el esfuerzo anarquista, para desembarazar el caos presente y crear lo más pronto posible una nueva corriente libertaria. Esto será diferente en absoluto para cada país, puesto que los países están más diferenciados que nunca y el juego de la reacción quiere que estas diferencias se acentúen. ¿Qué similitud puede existir para tales cuestiones que exigen el estudio y la experiencia, locales, en un país en que todo el movimiento obrero está por decirlo así bajo la impresión del espíritu anarquista, como es el caso en la Argentina, — y otros grandes países en que hay movimientos inmensos dirigidos por los socialistas autoritarios y en que la anarquía es una minoría muy pequeña que no tiene apenas más que una influencia indirecta y "parcial" sobre un número de sindicatos. Me parece que no habría más que esta regla práctica: utilizar las fuerzas existentes del modo más eficaz; por consiguiente allí donde hay pocos anarquistas deberán ante todo difundir sus ideas integrales, insistiendo lo más posible sobre la libertad, para ensanchar sus filas y su esfera de acción, — allí donde hay muchos podrán profundizar el aspecto social de las ideas, penetrar en los sindicatos, etc., pero siempre conscientes de que la siembra de las ideas y no el sindicalismo de un matiz un poco más federalista u otras necesidades útiles es su tarea principal.

Pero repito, entre los dos extremos, el de dejarlo todo al azar y el de ocuparse de tal modo de las cuestiones locales, sindicales y demás, para ser ahogados y eliminados como factores anarquistas, hay un vasto terreno sobre el cual, por un verdadero estudio y la experiencia se encontrará el punto de apoyo de la palabra anarquista, — y es eso lo que hay que

reclamar en la Europa central una gran parte del poder político, en la forma al menos, ha pasado a manos de los comunistas y de los socialdemócratas que tienen sed de sangre y que tanto como los nacionalistas surgidos de los nuevos países europeos, están siempre ávidos, sino más aun, de ese poder que los viejos capitalistas mueven a voluntad, simuladamente. Una gran parte del proletariado va a remolque de esos advenedizos, los pequeños zares comunistas y los "junkers" socialdemócratas. ¿Qué se quiere hacer, pues, de todo ese mundo? Yo me complazco en imaginarme teóricamente la tolerancia mutua y la coexistencia, la convivencia, — en la práctica los considero inabordable por esas ideas, afectados de la locura de los Cósares, da la sed de dominación exclusiva y no hacen otra cosa entre sí que imitar la guerra: simulan de los diplomáticos hasta el momento en que pueden exterminar a sus adversarios a sangre y fuego, como en Kronstadt en 1921 y en algunas otras partes.

Queda el sindicalismo y tal vez aun una tendencia de acción popular directa, que se ve aquí y allá, un *sovietismo* autoritario que, experimentado esta vez, no querrá dejarse despojar por un partido comunista como se hizo en Rusia inmediatamente después de la victoria inicial de los soviets. El sindicalismo europeo está tan mutuamente desgarrado como lo están los Estados y las naciones entre sí; logro sobre todo contrarrestarse en reclusión, puesto que si unos desean o hacen algo, los otros están seguros de hacer otra cosa o absolutamente nada. Y este *sovietismo independiente* no se ha demostrado aun en los hechos. Estos movimientos y corrientes absorberían todas las fuerzas anarquistas, pero la esperanza de que los anarquistas puedan arrastrarlos verdaderamente es bien pequeña; quedarían ahogados en ella.

Hay sin duda manifestaciones numerosas por sí mismas, pero algunas gotas en el mar, si se piensa en las decenas de millones que hicieron lo opuesto, — las manifestaciones de negativa a prestar el servicio militar durante la guerra, pero eso es casi todo lo que se hizo y no exclusivamente por los anarquistas, lejos de ello. Hay también una repugnancia bastante difundida contra el comunismo usurpador a la rusa, pero es contrabalanceada por los celadores desenfrenados que ese comunismo tan atractivo encuentra en todas partes en los espíritus poco cultivos que no experimentan más que una necesidad mínima de verdadera libertad. Quisiera enumerar otras tendencias y signos progresivos — pero no los encuentro. Claro está, no enumero los esfuerzos y tentativas excelentes, pero demasiado débiles para ser consideradas, de las fuerzas generales y no desconozco tampoco las grandes dificultades, persecuciones y otros obstáculos; en rigor se podría mencionar la tendencia creciente a la libre experimentación, a las realizaciones sociales en un medio restringido, pero también en eso somos muy débiles y el verdadero arrastramiento — el gran ímpetu faltan.

En Europa al menos, hablamos demasiado poco al pueblo, que no sabe nada de nosotros. El pueblo no piensa en teorías, pero escucharía en todas partes si una de las cuestiones urgentes, angustiosas, actuales le fuera presentada de un modo práctico. Todos los demás le presentan constantemente esas pseudo soluciones y él las cree. Nosotros nos abstenemos, por que eso es política, estamos disgustados y más bien no decimos nada o decimos generalidades, — por eso no pesamos nada o pesamos muy poco en la opinión pública. Es muy difícil acercarse a las cuestiones prácticas sin perderse en el detalle, sobre todo cuando se ha perdido el hábito, — pero será preciso hacerlo a pesar de todo. Este es un trabajo intelectual que no puede menos de hacernos bien, como ejercicio.

Tal es poco más o menos la situación, según mi impresión, y la actividad de algunos grupos sobre toda la vida que pulula alrededor de algunos periódicos no deben inducirnos a engaño. Nuestra eficacia no está en proporción a la grandeza de la idea anarquista.

Me parece, pues, que no son las ideas, sino los anarquistas quienes reclamarían quizás alguna modificación.

Hemos obtenido en la Europa central y un poco más tarde también en Rusia, esta gran lección tan útil, aunque no es nueva: que la abundancia es la base de la libertad y de la solidaridad, del comunismo libertario por consiguiente, mientras

que la carencia es inseparable de la autoridad y de la codicia, del estatismo y del comunismo autoritario por tanto. El hombre es de buen humor, capaz de ser un buen muchacho, libre y solidario solo cuando no conoce la preocupación inmediata que lo hace arisco, ávido y autoritario. Hay excepciones, los hombres a quienes la miseria hermana, otros a quienes el bienestar corrompe demasiado pronto, pero la gran mayoría no se desenvuelve más que al sol, en el buen tiempo, no en la adversidad.

Antes de la guerra se ocupaba un poco de esta cuestión de la abundancia; se persuadía uno con demasiada facilidad de que por el cultivo intensivo o por el neomalthusianismo o por el trabajo de los actuales ociosos se colmaría pronto toda carencia y que se tendría enseguida la abundancia y las cuatro horas de trabajo a elección de cada uno. Se ve ahora que todo eso es mucho más complicado, que los medios y remedios que se proponen no serían generalmente aceptados más que después de una evolución y no al principio cuando se trata de echar la base de esa revolución. Y se sabe también cuánto nos ha engañado la abundancia aparente en la sociedad actual: se ha vivido siempre casi al día y eso aun gracias por una parte a antiguas acumulaciones (que el período después de 1914 ha empleado y absorbido) y por otra, gracias a la frugalidad enorme y absoluta de la gran masa del pueblo trabajador que trabajaba mucho y consumía un mínimo. El menor desajuste inevitable del pueblo de trabajar menos y de consumir más lleva la crisis y ha sucedido esto: con las destrucciones de la guerra, la desaparición de las acumulaciones y ese primer acto del pueblo que verdaderamente hiere al viejo sistema en el corazón, — el querer trabajar menos y vivir mejor —, todo eso puso un fin a la abundancia siempre precaria, cuando no imaginaria. Y la carencia, la incomodidad, como sabemos, implica la reglamentación, el racionamiento, por consiguiente la autoridad, — y los abusos de la autoridad, corolario inseparable de toda autoridad, la explotación cínica de la miseria, el desafío que los fuertes lanzan a los débiles — la brutalización de los unos, la estupidez de los otros.

Si de un día al otro se aplicaran justamente las ideas de la anarquía más pura en este medio europeo actual, temo que la presión económica demasiado grande, esta carencia general sea un peso excesivo inicial que entrafie, sea una ineficacia que debilite el impulso, sea una reglamentación con todas sus consecuencias autoritarias. Creo, pues, que las soluciones generales están más lejanas ahora de lo que hemos podido creer en otro tiempo.

Hay además este hecho que para la verdadera revolución en Rusia y los pseudo revolucionarios en la Europa central una gran parte del poder político, en la forma al menos, ha pasado a manos de los comunistas y de los socialdemócratas que tienen sed de sangre y que tanto como los nacionalistas surgidos de los nuevos países europeos, están siempre ávidos, sino más aun, de ese poder que los viejos capitalistas mueven a voluntad, simuladamente. Una gran parte del proletariado va a remolque de esos advenedizos, los pequeños zares comunistas y los "junkers" socialdemócratas. ¿Qué se quiere hacer, pues, de todo ese mundo? Yo me complazco en imaginarme teóricamente la tolerancia mutua y la coexistencia, la convivencia, — en la práctica los considero inabordable por esas ideas, afectados de la locura de los Cósares, da la sed de dominación exclusiva y no hacen otra cosa entre sí que imitar la guerra: simulan de los diplomáticos hasta el momento en que pueden exterminar a sus adversarios a sangre y fuego, como en Kronstadt en 1921 y en algunas otras partes.

Queda el sindicalismo y tal vez aun una tendencia de acción popular directa, que se ve aquí y allá, un *sovietismo* autoritario que, experimentado esta vez, no querrá dejarse despojar por un partido comunista como se hizo en Rusia inmediatamente después de la victoria inicial de los soviets. El sindicalismo europeo está tan mutuamente desgarrado como lo están los Estados y las naciones entre sí; logro sobre todo contrarrestarse en reclusión, puesto que si unos desean o hacen algo, los otros están seguros de hacer otra cosa o absolutamente nada. Y este *sovietismo independiente* no se ha demostrado aun en los hechos. Estos movimientos y corrientes absorberían todas las fuerzas anarquistas, pero la esperanza de que los anarquistas puedan arrastrarlos verdaderamente es bien pequeña; quedarían ahogados en ella.

¿Qué hacer en estas circunstancias? Hay muchos factores revolucionarios en nuestra época, pero a consecuencia de la omnipotencia acordada desde 1914 a la autoridad y a todas sus manifestaciones brutales, retrógradas, que reconstruyen una edad media europea que sería carnavalesca sino implicara tantos sufrimientos, — a consecuencia de eso, como una fuerza magnética las manifestaciones y actos populares se han orientado también en la dirección autoritaria, infaliblemente retrógrada; no se sueña más que en la autoridad popular, en un cambio de amos por tanto, — no en la libertad. El pueblo olvidó la libertad y debe hacer un nuevo aprendizaje como un paralítico que haya sido curado y aprende de nuevo a caminar.

Por el contrario el aprendizaje social del pueblo está hecho, por decirlo así y esto sucedió más pronto de lo que se esperaba. Hoy, en Europa, el descontento

social es general y el capitalista, el patrón, es reconocido como factor explotador y parásito; cada cual ha tomado su partido, tanto si experimenta una indignación sincera, como si tiene el secreto deseo de ser patrón, capitalista a su vez. El socialismo más amplio no asombraría ya a nadie; se asombra uno más bien de lo que los socialistas calificadas lo transforman en una cuestión sutil que no podría resolverse más que con su ayuda, con mil leyes y reglamentaciones; y los comunistas hacen una doctrina personal, una revelación de que ellos solos son los sacerdotes de la casta gobernante. El pueblo no entra en esa jurisprudencia y en esa teología; no cree en la dicha social que depende de los buenos oficios de estas nuevas castas, socialistas, legisladores y comunistas dominadores, — y la confianza, la fe en los verdaderos cambios sociales salvadores, se van.

Es muy difícil decir a qué tendencia un poco progresiva que resista sin embargo a esa atracción magnética del autoritarismo se asociarán mejor la propaganda y el esfuerzo anarquista, para desembarazar el caos presente y crear lo más pronto posible una nueva corriente libertaria. Esto será diferente en absoluto para cada país, puesto que los países están más diferenciados que nunca y el juego de la reacción quiere que estas diferencias se acentúen. ¿Qué similitud puede existir para tales cuestiones que exigen el estudio y la experiencia, locales, en un país en que todo el movimiento obrero está por decirlo así bajo la impresión del espíritu anarquista, como es el caso en la Argentina, — y otros grandes países en que hay movimientos inmensos dirigidos por los socialistas autoritarios y en que la anarquía es una minoría muy pequeña que no tiene apenas más que una influencia indirecta y "parcial" sobre un número de sindicatos. Me parece que no habría más que esta regla práctica: utilizar las fuerzas existentes del modo más eficaz; por consiguiente allí donde hay pocos anarquistas deberán ante todo difundir sus ideas integrales, insistiendo lo más posible sobre la libertad, para ensanchar sus filas y su esfera de acción, — allí donde hay muchos podrán profundizar el aspecto social de las ideas, penetrar en los sindicatos, etc., pero siempre conscientes de que la siembra de las ideas y no el sindicalismo de un matiz un poco más federalista u otras necesidades útiles es su tarea principal.

Pero repito, entre los dos extremos, el de dejarlo todo al azar y el de ocuparse de tal modo de las cuestiones locales, sindicales y demás, para ser ahogados y eliminados como factores anarquistas, hay un vasto terreno sobre el cual, por un verdadero estudio y la experiencia se encontrará el punto de apoyo de la palabra anarquista, — y es eso lo que hay que

reclamar en la Europa central una gran parte del poder político, en la forma al menos, ha pasado a manos de los comunistas y de los socialdemócratas que tienen sed de sangre y que tanto como los nacionalistas surgidos de los nuevos países europeos, están siempre ávidos, sino más aun, de ese poder que los viejos capitalistas mueven a voluntad, simuladamente. Una gran parte del proletariado va a remolque de esos advenedizos, los pequeños zares comunistas y los "junkers" socialdemócratas. ¿Qué se quiere hacer, pues, de todo ese mundo

PAGINA DE ARTE

Un gran artista flamenco

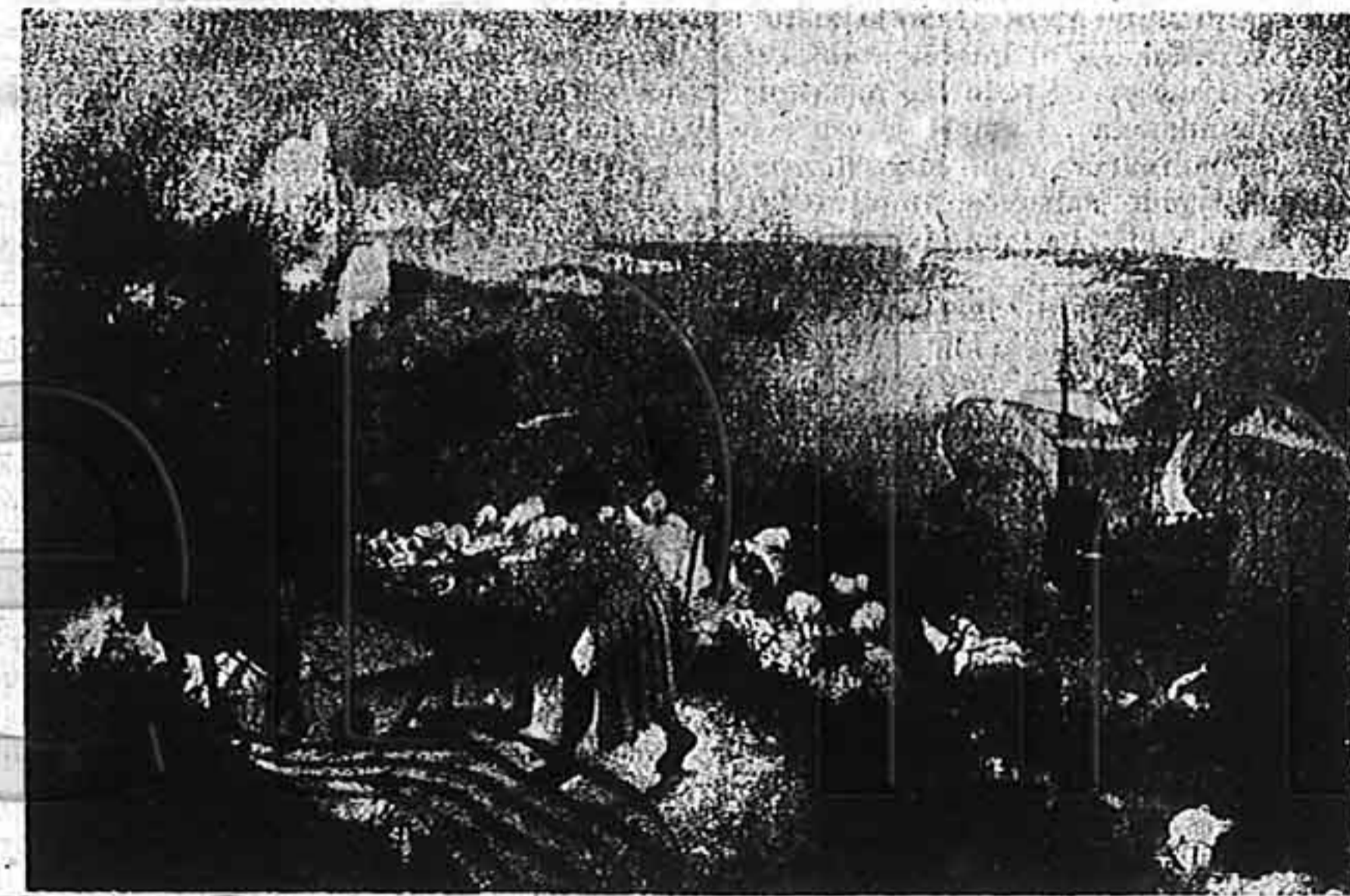
PIERRE BREUGHEL

El primer hombre que Flandes revela a sí mismo, fué una especie de campesino que por su lenguaje inesperado, su verba fantástica y fuerte ha sido tomado muy a menudo por un primitivo solamente cómico, posiblemente ridículo, pero cuyo espíritu era libre y audaz y su alma inmensa y radiosa. Se llamaba Pierre Breughel. Había hecho el viaje a Italia, sin apurarse, imagino, sin duda, con muy poco dinero, a pié probablemente, vagando, volviendo sobre sus pasos, haciendo largas vueltas para atravesar aldeas que divisaba, fuera de su ruta, en el fondo de los valles, deteniéndose para dibujar un árbol, una tropa, un grupo de trabajadores en el campo, el gesto de un niño, la forma de un cielo. Debe haber comprendido a Italia. En lugar de traer a su país procedimientos de escritura y generalizaciones usadas, volvió a Flandes para mirar, fuera de toda costumbre tradicional y de toda preocupación simbólica o religiosa, de todo deseo de llevar sus visiones al gran ideal colectivo y confuso que iba extinguiéndose poco a poco en las masas, la imagen muy pura y muy cándida, pero muy razonada, muy humana, completamente personal que se imprimía en su corazón.

Descubrió la intimidad del paisaje, hacia el cual, después de Pablo Limbourg, se orientaron los pintores flamencos, pero que ninguno, salvo Limbourg mismo, Van der Goes y Patinir, había verdaderamente penetrado. También Gerónimo Bosch, cuya verba bufa oculta difiere un sentido profundo y familiar de la buena tierra paisana, de las cosechas, cortes, siembras y labranzas. Los Van Eick ciertamente hicieron hundir las llanuras detrás de sus procesiones y cavalgatas que desfilaban ante sus ojos; Dieck, Boutis, Menling aperciben, sin duda, que las ondulaciones del campo se pierden en brumas azules a medida que se alejan. Pero en el fondo, ninguno, ni el mismo Van Eick, se atrevió a confesar a sí mismo que, los caballeros, los soldados, los profetas no eran para ellos sino pretextos y que los árboles y los cielos les interesaban mayormente. Es probable que ellos amasara demasiado las pesadas cortinas, las tapicerías, los terciopelos verdes o rojos o negros, para buscar

en el paisaje, por atraídos que fueran por él, otra cosa que armonías correspondientes, un acompañamiento suntuoso y fraternal a las escenas del primer plano.

En Breughel todo cambia, o mejor, todo llega a la madurez. El se coloca en el centro de la llanura, es la llanura misma que vive y el hombre que la recorre vive la vida de ella, es parte integrante que sufre todas sus transformaciones, sus dramas, sus costumbres, sus deseos, sus necesidades. Con igual interés el pintor pide a los hombres y a los árboles que le hablen. Los unos son sus amigos tanto como los otros, y él dice las confidencias de la naturaleza inerte y de la naturaleza animada con el mismo lirismo bonachón, espontáneo pero paciente, y posiblemente un poco picareesco. O más bien, nada es inerte para él, de todas las cosas



BREUGHEL — Paisaje.

terrestres, nada, ni el suelo, ni una brizna de hierba muerta, ni los objetos fabricados por la mano de los hombres, ni las piedras del camino. Todo eso le habla a la vez, discretamente, charla con él, le susurra su pequeña vida personal, modesta, pero decidida a no perder absolutamente nada de sus derechos.

¿Cómo de la acumulación de tantos pequeños hechos surge una vida tan potente? Ya penetra en la única calle o en la plaza de una aldea, o se encuentra solo en medio del campo, él lo ve todo, hasta

las cosas menudas, las hace ver todas e imprime al conjunto tal animación que la poesía universal de la muchedumbre y de la tierra os inunda poco a poco.

¿Cómo puede percibir todas las hojas de los árboles, las ramas, las briznas de hierba, los pájaros que vuelan, que saltan, describir las ventanas de las casas una a una y sin embargo dar a la naturaleza entera esa vida colectiva que nada separa de nada, y que envuelve y cubra todas las cosas con la misma envoltura, con el mismo aire, bajo el mismo cielo? ¿Cómo no olvida, cuando cuenta en sus menores detalles la historieta, que él es un pintor, para sostener de un extremo a otro de la tela las más sutiles, las más densas, las más discretas armonías, asociando los tonos con una ciencia deliciosa que su ternura hace emocionante como el canto de una voz?

Su mundo es un ser viviente, que queda viviente de cerca o de lejos, viviente en la armonía superior e imponente de todos sus elementos acumulados, vivien-

te en cada uno de sus átomos, cuyo funcionamiento obscuro asegura esa armonía. Lleva la vida en sí mismo, se lo diría independientemente del poeta metódico que envuelve su atención con tanto misterio, sometido simplemente al ritmo de las estaciones, al pasaje irregular del viento y de las nubes, entregados, tierras y cielos, vegetación, culturas, bestias y hombres a los estrechamientos más imperceptibles del inmenso universo. No hay ni una hierba que no tiemble, cuando el aire y el agua se conmueven ante la obs-

curidad del cielo, ni una onda en la ribera que no sepa que va a chocar con la tierra y volverse, ni un techo de choza que no cambie de expresión cuando el grupo de árboles que lo oculta está cubierto o despojado de hojas, ni un hombre, ni un perro que marche a su paso sobre el suelo cubierto de nieve, o lleno de lodo en la primavera y el otoño, o en el de los veranos tapizados de frescas hierbas; ni un árbol que no aparezca nítido y negro sobre el gran paisaje blanco del silencioso invierno, o no pertenezca en agosto, con su follaje vaporoso, a los vapores que suben de la tierra...

Ese gran pintor es un hombre bueno. Por esto comparte la miseria oscura o el bienestar obscuro del agua, de la tierra, del follaje, de las bestias, del suelo y del aire. Como Gerónimo Bosch, que lo ha influido mucho, pero del cual abandonó pronto el simbolismo exajerado, fúnebre y bizarro, el infierno horniguante de monstruos compuestos, las pesadillas grotescas, el fantasma y fantástico espíritu, él ha seguramente oído el lamento del siglo y, más joven que él, ha podido sentir la aproximación del terrible drama que anegará en sangre a la buena tierra, y velará con humaredas el gran cielo de los Países Bajos.

Desde el 1520 las ideas reformistas han entrado en Flandes y, desde que España reina, se quemaron libros, torturaron apóstoles y se levantaron hogueras. Posiblemente ha conocido Breughel a Antonio Mor, alma implacable, el salvaje de flamenco españolizado pronto en levantar la efigie del duque de Alba, el verdugo enfermo que vendrá a ahorcar, hervir y crucificar a los miserables. Breughel sufre por todo esto, pero como él ha bebido en el campo la dulzura, nada dice y se conforma con parafrasear para el porvenir la vieja leyenda bíblica. Viejo amante de los pequeños niños, ha contado en detalle y en conjunto, con la verba torrencial de su contemporáneo Rabelais, todos los juegos infantiles; ha descrito, con tierna ironía, su pequeña vida activa y seria; desde los más grandes que hacen la guerra a los más pequeños que juegan a la vida. Viejo amante de los pequeños pobres vestidos grotescamente con largos calzones remendados, gruesos zapatos, largas polleras que los empuquetan, ha situado su *Misericordia de los Inocentes* en una pobre aldea; bajo la nieve, diez chozas alrededor de un campanario, el estanque y el arroyo helados, un escuadrón de hierro levantadas las pías, que cierra las sal-

hacer. Entonces se hará trabajo inteligente. Se hará experimentación social liberaria en todas partes en que se pueda y se llevarán hacia adelante los esfuerzos verdaderamente progresivos que no faltan. Y no es nunca demasiado tarde para un nuevo apostolado, una propaganda elemental que ensancharía nuestras filas: porque cuesta trabajo creer hasta qué grado, a pesar de toda nuestra obra literaria son completamente desconocidas nuestras ideas todavía en los vastos medios en que los disfraces burgueses y socialdemócratas de la anarquía se conocen solo. De una manera o de otra sucede que la circulación de nuestras ediciones es una circulación demasiado interna que satisface a los camaradas, pero que no sobrepasa fácilmente esos límites. Añadamos que después de la muerte de hombres generalmente conocidos, como Eliseo Reclus, Tolstói, Kropotkin las relaciones an-

arquistas con los medios intelectuales progresivos no se han hecho más frecuentes y es preciso reconocer aun en qué grado el comunismo ha fascinado y devastado esas filas intelectuales que, en otro tiempo han prestado servicios a la anarquía. Todo esto habría necesidad de modificar, pero individualmente, por cada país. Será preciso, en suma, ante todo un gran fondo de nuevos estudios, de nuevos ensayos, experiencias, esfuerzos que son los únicos que pueden hacer brotar los puntos de apoyo para ensanchar y profundizar, diré también, para modernizar no las ideas, sino la propaganda. Estamos separados de la vida política por la abstención, pero eso no quiere decir que debemos quedar separados de la vida práctica por la indiferencia y algunas veces quizás por un cierto dogmatismo. Por el fracaso del estatismo burgués

y socialista recibimos pruebas indirectas y expléndidas de la excelencia de nuestras ideas que son las únicas que contienen los factores esenciales de todo desenvolvimiento progresivo. — la libertad y la solidaridad. Pero es preciso presentarlas en toda su belleza y amplitud finales y también en sus gérmenes iniciales necesariamente tiernos e imperfectos que deben hallar un terreno que las alimente, un medio propio. Es imposible obtenerlo todo a la vez, — germen, flor y fruto, — primeramente no debemos sino preparar el terreno. Se dirá que una revolución puede cambiar todo eso de un día a otro; tanto mejor, pero planteará problemas tanto más difíciles cuanto menos avanza, de este ese trabajo preparatorio. En una palabra, ante todo hay que trabajar, no para modificar las ideas que como expresiones de la libertad no soportan ninguna fijación temporal, por consi-

guiente tampoco ninguna modificación, sino que es preciso modificar infinitamente, variar el modo de presentarlas, hacer un trabajo menos sumario, más preciso, más intensivo, menos rutinario. No es sino con tales esfuerzos como se derivará la experiencia que permitirá dar consejos verdaderamente prácticos. Diría, pues, que hay mucho que modificar, mucho nuevo que aportar, pero en las ideas comunistas anarquistas sino en las concepciones demasiado estrechas, demasiado estacionarias, demasiado rutinarias de estas ideas que pueden existir aun y sobre todo en su propaganda que tiene necesidad de ser ampliada y profundizada, diversificada e intensificada.

Max Nettlau
Junio 1923.



GERÓNIMO BOSCH — El transporte de la cruz.

das. Los soldados hacen su oficio, las madres se debaten con gestos lastimeros, pobres gentes suplican a los jefes indiferentes, los niños no saben, y creen quizá que es un juego, se dejan matar mirando a otro lado, perros que corren, un pájaro, sangre en el suelo, un pequeño cuerpo tendido. Antes de morir vió pasar a los iconoclastas, pudo ver romper las estatuas y rasgar imágenes que amaba. Todos se equivalen, los que destruyen a los ídolos, los que han olvidado cómo se deben adorar. El lo sabía muy bien; ha dicho su pensamiento en su *Parábola de los ciegos*: el paisaje indiferente, la cadena débil de los hombres, de órbitas vacías en los rostros elevados hacia el cielo, tropezando en las tinieblas absolutas del destino y de la razón.

Los góticos habían introducido a la naturaleza en las catedrales, pero por fragmentos, como elementos decorativos. La catedral, de arriba a abajo era un símbolo, pero un símbolo fijado por un dogma, aceptado por la muchedumbre como verdad revelada. Si los flamencos, a fines del siglo XVI, consintieron definitivamente en penetrar en el mundo moderno del cual Vinci, Miguel Ángel, Rafael y Tiziano acababan de trazar el programa, es con Pierre Breughel y por Pierre Breughel, que ha revelado al alma del norte el cuerpo entero de la naturaleza dando el simbolismo eterno a la apreciación del espíritu.

Elle FAURE

(De la *Histoire de l'Art*)

RAFAEL BARRETT Conversaciones y otros escritos EL ORDEN

Don Justo. — Yo soy un hombre de orden. Estaré siempre al lado del gobierno, cuando no pretenda otra cosa que mantener el orden. Sin orden no hay civilización.

Don Tomás. — ¿Qué entiende Vd. por orden?

Don Justo. — Algo muy distinto de las bombas de dinamita y las locuras de los redentores sociales.

Don Tomás. — Yo no veo desorden en eso.

Don Justo. — ¿Qué será entonces el desorden?

Don Tomás. — No lo sé. Creo que no existe. En todo caso es una palabra sin sentido para nosotros. Se prende fuego a una mecha, y la bomba estalla. ¿Qué desorden descubre Vd. ahí? El verdadero desorden sería que la mecha no ardiera y la dinamita no hiciera explosión. Una dinamita insensible a los fulminatos humanitarios no sería dinamita. Son fenómenos desagradables, no lo dudo, pero no tenemos motivo para sostener que el caso férreo que nos destruye el vientre no haya seguido una trayectoria conforme con las leyes de la mecánica. En torno nuestro no hay más que orden.

Don Justo. — ¿Y también dentro del cerebro de los locos?

Don Tomás. — ¡Claro está! ¿Qué nota Vd. de extraordinario en que los locos hagan locuras? Lo raro sería que las hicieran los cuerdos.

Don Justo. — Y no los llamaríamos cuerdos...

Don Tomás. — Evidente. Los locos hacen locuras. La dinamita estalla.

Don Justo. — O los locos son locos, y la dinamita es dinamita. ¿A eso se reduce la ciencia que tanto le enamora?

Don Tomás. — Felizmente no. Somos demasiado imbéciles para comprender de un golpe que la certidumbre, la divinidad de nuestra época, no puede ser sino una tautología: "A es A" como decía Ficht o "yo soy yo" como desfilan los antiguos dioses, que juzgaron inútil meterse en más honduras. Volveremos tarde o temprano al punto de partida. Cuando hayamos eliminado del mundo lo contingente, a fuerza de estudio; cuando hayamos transformado los hechos en fórmulas y condensado todas las fórmulas en una, nos encontraremos cara a cara con un enorme "A es A", o "cero igual a cero". Qué quiere usted! Si nos sueltan en una selva tupida o con los ojos vendados en un salón, caminamos en círculo. Y no somos nosotros los únicos... ¡No ha observado usted qué odiosamente circular es el universo? Desde los glóbulos de nuestra sangre a los astros y al firmamento mismo todo es redondo, todo gira en redondo, con un docilidad lamentable. ¡Fé! usted, que todavía halla desórdenes al alcance de la mano!

Don Justo. — Yo denomino desorden...
Don Tomás. — ... lo que le sorprende. Es una sensación preciosa, que dura has-

ta que incorporamos lo nuevo al orden viejo. Si fuéramos infinitamente sabios, viviríamos en el "A es A", y nada nos sorprendería. Bendigamos nuestra ignorancia, que es la que dá a nuestra oscuridad una vivienda un-brillo de juventud! Los desórdenes se instalan en la realidad, y se convierten en órdenes, a medida que nos hacemos menos obtusos. ¿Ha olvidado usted que hubo un tiempo en que la constitución era una proclama anárquica, vigorizada a tajos de guillotina? Es lástima que las agitaciones obreras turben las fiestas del centenario, mas acaso conmemora el centenario una acción de orden? Si los argentinos de 1810 hubieran respetado el orden, lo que usted llama orden, ¿existiría hoy en la Argentina? **Don Justo.** — A mí me gusta que me dejen tranquilo...

Don Tomás. — En eso opino como usted. Ambos somos plantas de estufa. Fuera de mi laboratorio, igual que usted fuera de su bufete, me siento amenazado, zarrandeado, pisoteado. Los transeúntes tienen los codos mucho más duros que los míos. Necesito, para prosperar, un clima uniforme y benévolo. Pero reconozco que la mayoría de los hombres necesita un clima trágico. Aparte las violencias del sindicalismo, los ataques histéricos de las feministas y la elefantiasis de la paz armada, considere usted el decrecimiento de la criminalidad en todos los países. 1910 nos ha traído una linda colección de niños asesinos, ladrones y suicidas.

Don Justo. — La tolerancia de los códigos...

Don Tomás. — Bah! El código es tan extraño a las oscilaciones del crimen, como los diques al vaivén de las mareas. Gocemos del orden actual sin figurarnos que es eterno, ni siquiera estable, ni digno de perdurar. Comamos del fruto antes que se pudra, y esperemos sin temblar la marea humana, la marea salvaje que abandonará sobre la playa el botín del futuro.

Jesuitas, de tal modo oléis a corrompido, — tenéis tal perversión y tal deliquencia, — que parece imposible que el hijo de María — no sea un belloco ni se haya pervertido, — andando, hace años, en "tan mala compañía".

GUERRA JUNQUEIRO

EDITORIAL "LA PROTESTA"

OBRAS EDITADAS POR ESTA CASA Y EN VENTA EN ESTA ADMINISTRACION

Perú 1527 - B. Aires

Los Anarquistas—Estudio y réplica... \$ 1.—

Temas Subversivos—Doce conferencias sobre diversos tópicos (agotado)..... \$ 1.50

Mi Comunismo (La Felicidad Universal) Obra de actualidad \$ 2.—

El Estado (Su rol histórico)—El Estado Moderno—Conferencias de KROPOTKIN—Primer volumen \$ 0.50

Cartas a una Mujer sobre la Anarquía—Interesante opúsculo \$ 0.50

FOLLETOS

Sembrando Flores (Novela) \$ 0.30

La Ucrania Revolucionaria—Un viaje de estudio, por AGUSTIN SOUCHI..... \$ 0.30

En Ucrania—La Sublevación Popular y Anarquista..... \$ 0.10

Resoluciones de la Conferencia de las Organizaciones NABAT de Ucrania..... \$ 0.10

Temas Subversivos—Doce folletos de Sebastian Faure..... \$ 0.15



GOYA (dibujo) — "Esto ya se ve"

Paradoja sobre el ciudadano

El Ciudadano es una variedad del hombre; variedad degenerada o primitiva, es con relación al gato de gotera el gato salvaje. Por otra parte es un animal estimado y bien conocido: los sabios que le han elegido por tema de sus pacientes investigaciones se llaman sociólogos.

Como todas las creaciones verdaderamente bellas y noblemente inútiles, la sociología fué la obra de un hombre de genio: Herbert Spencer, y el principio de su gloria. Desde aquellos tiempos, ya lejano, Spencer ha querido sin duda resumir su admirable tomo "El individuo contra el Estado", destruir el mismo sus primeras afirmaciones y colocar al individuo (o el hombre) por encima del ciudadano; pero esto está fuera de nuestro asunto.

La sociología trata de la evolución de un grupo de metáforas a través de las edades: Familia, Patria, Estado, Sociedad, etc. Estas palabras son de las que se dicen colectivas y que no tienen en sí ningún significado; la historia las ha empleado en todo tiempo, pero la sociología, con astuciosas definiciones, precisa su inanidad, aunque propagando su culto. A la Familia, a la Patria, al Estado, a la Sociedad, sacrifican ciudadanos machos y ciudadanos hembras; los machos en mayor número; no es sino por su intermedio, en tiempo de huelga o de tumulto, que para ensayar un nuevo fusil se perforan las hembras; ellas ofrecen al tiro un blanco menos receloso y más placentero; esos son inevitables pequeños accidentes de la vida política. El macho es la hostia común, y es un verdadero sacrificio, puesto que la víctima se dirige voluntariamente al altar, contenta si los grandes ciudadanos, desde el fondo de sus cuevas, le manifiestan telefónicamente su satisfacción por su magnífico porte y su valor patriótico.

El ciudadano es un ser admirable. Todos los tratados ponderan sus virtudes y su abnegación, agregando: "Por otra parte, sólo cumple con su deber". Con esa palabra, "deber", se hace bailar al ciudadano como a un oso con una gaita. Ha bailado, reventado de haber bailado con el vientre vacío y exclama, al expirar: "¡Hice mi deber!" Ese pobre animal que no recibe nunca sino golpes cuando no salta al compás, es un deudor eterno: debe siempre, y siempre da, sin desempeñar jamás. Su deuda es infinita; la muerte misma no la extingue: el hijo la vuelve a hallar en la herencia de su padre. Vive sin esperanza: sabe que jamás llegará a ser un hombre.

El carácter fundamental del ciudadano es, pues, el sacrificio, la resignación y la estupidez; ejerce principalmente esas cualidades según tres funciones fisiológicas: como animal reproductor, como animal electoral, como animal contribuyente. Animal reproductor, el ciudadano ha dado lugar a muchas quejas de parte de sus maestros. Está propenso, a pesar de las morales, a verter en senos furtivos la patriótica simiente de la que se forman pequeños soldados. Mal acogidos estos animalculos, ni siquiera tienen el consuelo de morir por una causa grande; sólo el egoísmo del ciudadano (sin delicadeza causa su destrucción. Tales costumbres son perjudiciales al Estado, porque mientras más pobre es más dócil.

Numerosos, fáciles de satisfacer, los soldados de tal país están prontos a toda tarea; se les embarca indistintamente para Formios o Madagascar, el Dahomey o Chalon. Maniobran ante emperadores, destrozan negros, protegen a los turcos, estropean mujeres, esas aventuras diversas les agradan: siguen el pabellón sin saber hacia dónde.

Desgraciadamente, el ciudadano se reproduce mal. El hombre le ha echinado en el oído malos consejos.

Ya sólo hace un hijo voluntariamente; el segundo es un seguro contra la muerte del primero; el tercero un error del que se arrepentiría toda su vida, si no tuviera el placer de ofrecerlo en holocausto al Estado. La fabricación del ciudadano estaría, pues, comprometida si ese animal fuese menos dócil y menos afectuoso. Pero ama a sus amos, cualesquiera que sean, y la autoridad, venga de donde venga. Cuando sea necesario, una

buena ley sobre la reproducción pondrá orden en el déficit, y el ciudadano, que ya no hace hijos, los hará para evitar la multa y la vergüenza.

Convertido en animal electoral, el ciudadano no está desprovisto de sutileza. Habiendo olfateado, distingue resueltamente entre un oportunista y un radical. La ingeniosidad llega hasta la desconfianza; la palabra Libertad le hace latir como un perro perdido, y al pensar que se le va a dejar sólo en las tinieblas de su voluntad, llora, llama a su madre, la República; a su padre, el Estado; suplica a las leyes de traer antorchas y cuerdas, y que se le retire de la caverna donde yace en medio de los insectos nocturnos. ¿Dónde están las leyes? Son antiguas, van a morir: que encuentren otras enteramente jóvenes, bastante fuertes para proceder a incansables tareas de protección, bastante fecundas para reproducirse espontáneamente por un fácil amiguamiento. El ciudadano elector, desde el momento que le han sacado de su hoyo, se encamina hacia la urna, donde decaer la boleta que le han puesto en la mano. Entonces siente una alegría y un alivio y se va a beber soñando en las nuevas leyes que volverán a hacer de él, por fin, el pequeño en pañales que chupa inconscientemente las mamas maternales.

Sin embargo, es preciso mantener las leyes, pagar a estas imperiosas sirvas: en ese momento el animal electoral se transforma en animal contribuyente. Desde el fondo de su granja o taller mantiene gustoso las que le protegen contra él mismo. Apenas si su gesto es más lento para abrir su bolsa que para tender la mano hacia la cadena o la férula. Ese dinero que, aun sobre todo, vuelca casi voluntariamente en el gran cofre, ufano, allá en el fondo de su alma oscura, de saber que, si paga nueve sueldos una libra de azúcar, son seis sueldos para el Estado; seis sueldos, en suma, es el lavado de un par de polainas, y con tal que el patrón esté contento y bien caizado, el contribuyente marcha ingenuamente y sin quejarse, los pies desnudos dentro de zuecos. ¡Oh, cuán virtuoso es ese animal!

Dulce animal, animal respetuoso, estúpido y resignado, trabaja, obedece, paga, a fin de que se soñan cuando vengas, inocente, a ver pasar los landós, y luego piensa: si te sublevaras no habría más leyes, y cuando quisieras morir, ¿cómo harías, si no existiera el registro para acoger tu nombre?

Llegan las vacaciones y entonces vas a ver a tus dueños. Besa sus manos caritativas: ellas son las que hacen las leyes.

Remy de GOURMONT

Luis Fabbri - "Cartas a una mujer"

(Un volumen de 112 páginas)

SUMARIO:

Prefacio a la edición española. — Anarquistas y Anarquía. — Los anarquistas y la violencia. — Anarquía y revolución. — Los anarquistas y los otros partidos. — Los anarquistas y la legalidad. — Los anarquistas no son utopistas. — Los anarquistas son socialistas. — El socialismo anarquista. — El consumo y el trabajo en la Anarquía. — La organización del trabajo en la Anarquía. — Anarquía: ausencia de gobierno. — Los anarquistas y la moral. — Las pasiones en la Anarquía. — La familia burguesa y los anarquistas. — Las mujeres, el amor y la familia en la Anarquía. — La educación de los niños en el anarquismo. — Los anarquistas y el patriotismo. — Los anarquistas y la religión. — Dioses y curas en la Anarquía.

Sobre la esencia del federalismo en oposición al centralismo

Versión española de la conferencia pronunciada por Rudolf Rocker en el congreso de Erturt

VI

En Inglaterra, donde William Godwin había publicado ya en el año 1793 su profunda obra *Political Justice and its influence on general virtue and happiness*, la primera obra teórica moderna sobre el comunismo anárquico, el movimiento socialista del primer período estaba más penetrado de ideas libertarias que en Francia, pero las obras de William Thompson, John Grey, etc., permanecieron totalmente desconocidas para los socialistas del continente. El comunismo de Roberto Owen fué una mezcla rara de ideas libertarias. Entre los pocos pensadores socialistas de aquel período que intentaron fundamente sus ideas socialistas sobre una base declaradamente libertaria y antiestatal, fué Proudhon, sin duda alguna, el más significativo. Su crítica a las viejas tradiciones jacobinas, a la esencia del gobierno y de la creencia ciega en la fuerza milagrosa de las leyes y de los decretos estatales fué un hecho emancipador que hasta hoy no ha sido apreciado aún en toda su grandeza. El anarquista Proudhon reconoció claramente que el socialismo debía ser libertario si quería aparecer como creador de una nueva cultura social, en él ardía la llama de una nueva era, que profetizó y cuya formación social vio claramente en su espíritu. Proudhon fué uno de los primeros que opuso a la metafísica política de los partidos los hechos concretos de la economía. La economía fué la base de todo su sistema social, y como reconoció con profunda penetración que lo económico no soporta ninguna especie de violencia exterior, asoció con íntima consecuencia la abolición del monopolio económico a la extirpación de toda suerte de gobierno en la vida de la sociedad. Para él la ley por cuya posesión luchaban los más diversos partidos, era solo un fetichero muerto que no podía obrar más que destruyendo, nunca de un modo creador; por estas razones debió apoderarse el libre acuerdo como el único lazo moral de todas las relaciones sociales en una comunidad de hombres libres e iguales.

¿Quiere usted abolir el gobierno?, se le preguntó. ¿No quiere ninguna constitución? ¿Quién mantendrá después el orden en la sociedad? ¿Y qué pondrá usted en lugar del Estado? ¿Y en lugar de la policía? ¿Y en lugar de las grandes violencias políticas? — Nada — contestó. La sociedad es el movimiento eterno. No necesita que se le dé cuerda y no es necesario marcarle el compás; mueve su péndulo y su aguja según su propio impulso. Una sociedad organizada no necesita ni leyes ni legisladores. Las leyes son en la sociedad como la telaraña en la colmena; sólo vale para cazar las abejas.

Proudhon comprendió el mal del centralismo político en todos los detalles y por consiguiente anunció como la misión de la hora la descentralización y la autonomía de las comunas. Fué el más distinguido entre los modernos que escribieron en su bandera nuevamente el principio del federalismo como solución. Proudhon sabía que los hombres no podrían llegar mediante un salto mortal al reino de la anarquía; sabía que el estado espiritual de sus contemporáneos, desarrollado en el curso de largos años, no desaparecería en un abrir y cerrar de ojos, por cuyo motivo le pareció la descentralización política, que debía arrancar al Estado más y más sus funciones, como el medio más apropiado para preparar la abolición de todo gobierno del hombre sobre el hombre. Creía que una nueva figuración política de la sociedad europea en forma de pequeñas comunas, ligadas entre sí por medio de acuerdos libres sobre una base federalista, puede levantar un dique contra la funesta evolución de los modernos grandes Estados. Guiado por estos pensamientos opuso a las aspiraciones de unidad nacional de Mazzini, Garibaldi y muchos otros, la descentraliza-

ción política y el federalismo de las comunas, como el solo medio de llegar a una más alta unidad cultural de los pueblos europeos.

Es altamente característico que los críticos marxistas del gran pensador francés crean descubrir en este ensayo de Proudhon una prueba de su "utopismo" y señalen que la evolución social, no obstante, ha progresado por el camino del centralismo. ¿Cómo si esto fuese un argumento! ¿Fueron apartadas o superadas siquiera las vergüenzas del centralismo que discute Proudhon tan magistralmente? ¡No, y mil veces no! Estas vergüenzas han crecido gigantescamente y fueron uno de los factores principales que llevaron a la terrible catástrofe de la guerra mundial. Proudhon predijo todas las consecuencias de un desenvolvimiento ulterior de los grandes Estados; llamó la atención de sus contemporáneos sobre la catástrofe venidera y les enseñó al mismo tiempo un camino para remediarla. Si su palabra sólo fué oída por pocos y ultimamente cayó como una voz en el desierto, eso no es culpa suya. Llamarle utopista es un entretenimiento tan fácil como imbecil. Pues también el médico es un utopista que predice, dadas las relaciones de una enfermedad, su evolución posterior, y aconseja al paciente el modo de dirigir su existencia. No es culpa del médico si el paciente desprecia el consejo y no intenta escapar al destino.

La formulación del principio federalista por Proudhon fué un ensayo de la libertad para obrar contra la reacción amenazante; y su significación histórica consistió en que imprimió al movimiento obrero de Francia y de los demás países latinos el sello de su espíritu y dirigió su socialismo por la ruta de la libertad y del federalismo. Si el capitalismo de Estado llegara a ser vencido definitivamente en todas sus fases y especies, se podrá entonces apreciar justamente la verdadera importancia de la obra espiritual de Proudhon.

Cuando, después de la muerte del pensador francés, apareció la Asociación Internacional de los Trabajadores, fué el espíritu federalista de los latinos el que prestó a la gran federación obrera su significación propia y la hizo una del moderno movimiento obrero socialista de Europa. La Internacional misma fué una unión de organizaciones sindicales y de grupos de ideas, fundada sobre la base federativa. De sus filas surgieron todos los grandes y creadores pensamientos de una regeneración social sobre la base del socialismo libertario, característica de la conformación moral de la federación. Y fueron casi exclusivamente los socialistas de los países latinos los que inspiraron y fructificaron esa evolución de las ideas. Mientras los social-demócratas alemanes de aquel período veían en el "Estado popular" su ideal político del futuro y reproducían de ese modo las viejas tradiciones del jacobinismo-burgués, los socialistas revolucionarios de los pueblos latinos comprendieron muy bien que un nuevo sistema económico en el sentido del socialismo exigía necesariamente una forma completamente nueva de la organización política. Comprendieron también que esta nueva organización política de la sociedad no puede tener nada de común con el moderno sistema estatal, sino que significa la disolución directa del mismo. Así se desarrolló en el seno de la Internacional la llamada idea de los consejos, es decir, el pensamiento de una administración completa de la producción y del consumo social por los productores mismos en forma de grupos económicos asociados entre sí federativamente, cuyos delegados debían tener al mismo tiempo la representación política de las comunas. De este modo debía ser desalojada la clase de los políticos de oficio, mediante los consejos de los técnicos y apartada la política de violencia del Esta-

do por la pacífica política económica de las comunas.

Al mismo tiempo Bakunin había perfilado agudamente el principio del federalismo político en su conocido discurso al congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad, en Ginebra (1867) y hecho resaltar su importancia especial para la paz entre los pueblos.

"Todo Estado centralizado, por liberal que se afirme, — declaraba el gran revolucionario ruso, — aunque tenga la forma republicana — es necesariamente el opresor, el explotador de las masas populares en beneficio de la clase privilegiada. El ejército le es necesario para conservar esas masas y la existencia de esa fuerza armada le lleva a la guerra. Yo deduciría que la paz internacional es imposible en tanto que no se haya adoptado con todas sus consecuencias el siguiente principio: toda nación, débil o fuerte, poco poblada o mucho, toda provincia o comuna tiene derecho a ser libre, autónoma, a vivir y gobernarse de acuerdo a sus intereses, a sus necesidades particulares; y en este derecho todas las naciones, todas las comunas son tan solidarias que es imposible violarlo frente a una sin hacerle correr el mismo peligro en todas las demás.

La insurrección de la Comuna de París dió a las ideas de la autonomía comunal y del federalismo un impulso poderoso, especialmente en las filas de la Internacional. Al despojarse París voluntariamente de sus privilegios centralistas, sobre las otras comunas de Francia, la Comuna fué el punto de partida de un nuevo movimiento que opuso la federación comunal al principio centralista de unidad del Estado. La Comuna se convirtió en la unidad política del futuro, en la base para una nueva cultura social, que se desarrollará orgánicamente de abajo a arriba y no de un modo artificial, por los dictados de un poder central cualquiera. Se desarrolló así como modelo social del futuro una nueva forma de organización en que tienen el más amplio espacio de juego las iniciativas de la personalidad y de los grupos, y donde al mismo tiempo hallan su expresión viviente en cada individuo el espíritu de la comunidad y de los intereses generales.

En tanto que los elementos socialistas estatistas y jacobinos defendían el centralismo en la Internacional, el federalismo de los elementos libertarios fué no sólo en el seno de la gran federación obrera el ideal político del futuro, sino también la base de su principio de organización en el presente; y fué este hecho el que llevó a las luchas intestinas entre federalistas y centralistas que hicieron subcambiar la Internacional. El intento del Consejo General, que estaba bajo el influjo de Marx y de Engels, de dar a la Internacional una rígida forma centralista y de hacer servir a la misma para la política de determinados partidos, debía chocar naturalmente en la resuelta resistencia de los federalistas. De esta manera fué provocada en el moderno movimiento obrero aquella escisión que hasta ahora no pudo ser superada todavía, pues se trataba de oposiciones de importancia fundamental.

Pero el centralismo no hubiera probablemente podido desarrollarse hasta ese grado sin encontrarse en la gran industria y en sus adquisiciones directas un formidable apoyo. Cuando entró en escena la gran industria capitalista en Inglaterra, estableció primeramente una centralización inadmisibles en las ramas más importantes de la producción. Esta centralización de las industrias en determinados lugares llevó a los representantes de la economía nacional moderna a conclusiones determinadas. No se vio en ella un fenómeno pasajero, sino más bien un hecho permanente que estaba estrechamente anudado a la existencia de la nueva forma de producción, hasta que era su resultado directo. Para los fundadores de la moderna doctrina económica popular, la centralización de las industrias y la división del trabajo eran las manifestaciones de un nuevo período lleno de ilimitadas probabilidades; y era tan grande el influjo de los nuevos fenómenos que era costumbre hasta en el campo socialista, ver en ellos la condición necesaria previa para la realización del socialismo. Pero, en realidad, éstas son solamente condiciones previas para la existencia del sistema capitalista de explotación, y están en la más aguda oposición con

el socialismo. Miles de síntomas en todos los terrenos de nuestra moderna vida económica, nos señalan hoy cuán terribles efectos y peligros oculta en sí ese morbos sistema para el desenvolvimiento físico y espiritual de los productores y para la existencia normal de la sociedad en general. La abierta desproporción entre nuestra industria y la agricultura, la desastrosa adversidad entre el trabajo físico e intelectual, son testimonios de ello. No centralización, sino descentralización de la gran industria, no división del trabajo, sino unidad del trabajo, tal debe ser la solución de nuestra vida económica; sólo en esa dirección va el camino del socialismo.

Que esta no es una afirmación arbitraria, sino que es una afirmación concreta de nuestra evolución industrial, lo atestiguan la descentralización progresiva de las industrias y los últimos métodos de la agricultura moderna. Hubo un tiempo en que se creía que la joven gran industria sólo correspondía a ciertos países. Adam Smith y sus numerosos sucesores estuvieron firmemente comprometidos de la rectitud de estas ideas. Pero la experiencia práctica nos ha demostrado que ese punto de vista ha sido falso. La moderna gran industria ha abarcado más y más todos los países y todo país persigue hoy la tendencia a independizarse y libertarse de la dependencia económica del vecino.

Y ese mismo proceso se continúa en las regiones aisladas; toda provincia, toda región, trata de independizarse industrialmente lo más posible. Si se considera al mismo tiempo la evolución de la agricultura moderna, especialmente en el terreno del cultivo intensivo del suelo, se reconoce claramente que nuestro desenvolvimiento económico ha tomado una ruta que llevará a cada comuna a elaborar en lo posible independientemente sus productos industriales y agrícolas. Justamente el refinamiento de nuestra técnica y de nuestra maquinaria, que hace posible la provisión de un complicado instrumental, es la mejor garantía de la conveniencia racional de esa evolución.

Pedro Kropotkin nos ha puesto ante los ojos, en su brillante obra *Campos Fábricas y Talleres*, — una de las obras más distinguidas que se ha producido en los últimos treinta años en toda la literatura socialista, — con ayuda de un inagotable material objetivo el camino de esa evolución. Cuando nuestros críticos marxistas de las diversas especies sostienen siempre a pesar de todo que los socialistas revolucionarios y los anarquistas querían retroceder al modo de producción pequeño-burgués de un período pretérito, esto nos demuestra solamente lo hondamente que han quedado prendidos en los dogmas de la economía nacional burguesa y que se pueden librar de ellos tan difícilmente como de la teoría del centralismo político, que nace igualmente del mundo burgués de las ideas.

Si Proudhon y Bakunin afirmaron la centralización de la economía porque en su época no se podían vislumbrar aun las perspectivas ulteriores del desenvolvimiento industrial, la investigación de Kropotkin ha probado que el federalismo es también posible en el terreno económico y nos abre nuevos horizontes en el futuro. Precisamente por los resultados de la investigación práctica, la idea federalista de la federación de las comunas libres e independientes ha logrado su completa significación. Ciertamente hay algunas ramas de producción, como la industria minera, que pueden quedar ligadas a ciertos distritos; pero esto no cambia nada en la regla general de los hechos, también en tales comarcas la actividad productiva del hombre puede ser transformada completamente en cuanto no esté sometido más a la explotación de determinadas clases en la sociedad.

Una de las objeciones más importantes que levantaron los portavoces del centralismo en el moderno movimiento obrero contra los federalistas, es la afirmación usual de que el federalismo lleva a un desmenzamiento de las fuerzas, las cuales solo podrían ser mantenidas en conexión mediante una rígida centralización. ¿Cómo si el centralismo hubiese sido alguna vez capaz de impedir las escisiones en el movimiento, cuando esas escisiones estaban fundamentadas en la lógica de los hechos! La existencia de los llamados partidos comunistas en los distintos países es una prueba viviente de la ad-

versidad de esta afirmación. Nunca fué el centralismo cultivado antes en un movimiento hasta un grado tan elevado como en los partidos comunistas. No sólo el individuo es sometido en ellos por una disciplina partidista de hierro y todas las palabras que vienen de Moscú son aceptadas incondicionalmente y sin contradicción por los partidos de cada país; se trata también de garantías fundamentales del partido, contra todo movimiento independiente, mediante "limpiezas" periódicas, y el rayo de la excomunicación está siempre dispuesto a ser arrojado contra los que no renunciaron por completo a su propio pensamiento. ¿Y el resultado? El proceso de la escisión se ha convertido en los modernos partidos comunistas en un fenómeno crónico. A cada dos por tres una nueva escisión a pesar de la disciplina, a pesar de todas las atribuciones de la dirección del partido.

Pero lo más trágico es que tan pronto como una minoría se ha apartado del viejo partido o fué excluida del mismo, hasta aquí no ha encontrado nada más urgente que hacer que dar vida a una nueva central y continuar exactamente en las huellas del viejo partido. Entre las magníficas aguafuertes que nos ha regalado el genio del gran español Francisco de Goya, hay una que cae en el alma como pesado plomo. En un yermo paisaje montañoso se mueve con difíciles pasos y curvada cerviz una cadena de hombres en un estrecho sendero, llevando un pesado cable y esforzándose hacia un objetivo desconocido. Pero los desgraciados son ciegos y se mueven constantemente en un gran círculo, de forma que tocan siempre el mismo lugar sin que tengan una noción de ello. Este dibujo nos recuerda los locos procedimientos de nuestros ultracentralistas, poseídos de la misma manía del poder de los malhechores militaristas que creen poder obrar con los hombres vivientes como con las figuras de un ajedrez. Se buscan todos los defectos en la composición casual de la central y se pone en su lugar elementos mejores. La nueva central tendrá al principio algo más de consideración a la opinión de los correligionarios; pero es sólo cuestión de tiempo y muy pronto se sustituirá también a los derechos y deseos de la plebe, como todas las demás centralistas, pues el desdén hacia la masa y la conciencia morbosamente disciplinada de su propia dominación están fundadas en la esencia de toda corporación gobernante. Y recibirá siempre toda crítica de sus actos como una especie de insulto a la majestad y procederá contra los críticos con los más pesados cañones, no porque está constituida por hombres malos que han olvidado su deber, sino porque es una central, es decir, una corporación para la tutela espiritual de los miembros ordinarios del partido. No es en la forma accidental y en la composición, sino en la existencia misma de la central donde yace el mal. Tocar sólo la forma es no comprender el fondo de las cosas, es esterilizar el curso de la ceguera.

Me falta todavía acercarme un poco a las objeciones y proposiciones por medio de las cuales creen ciertos camaradas ale-

El centralismo es y sigue siendo una conexión mecánica de las fuerzas, y justamente por esta razón no desarrolla ninguna fuerza, sino que paraliza lo que existe en fuerza efectiva. Al hacer de los hombres marionetas, mata en ellos sus propiedades más preciosas: la independencia del pensamiento y el sentimiento de la responsabilidad personal. Para un gobierno, esto es un objetivo digno de esfuerzo; pues el pensamiento independiente no fué nunca el lado fuerte del súbdito leal que todo gobierno tiene como ideal ante sus ojos. Pero lo que para un gobierno es bueno, debe ser fatal para el movimiento obrero. En la gran lucha por la liberación social, la clase obrera tiene necesidad del desarrollo completo de sus capacidades morales, y toda limitación de las mismas no puede sino perjudicarle. La liberación no le llegará desde arriba, será más bien el resultado de su propia fuerza y de su inteligencia.

La educación para el socialismo no consiste en labrar frases revolucionarias ni en llevar papeletas de voto a las urnas. La educación socialista es más bien enseñar a los trabajadores como se administra la producción, cómo se organiza sobre una nueva base la industria y la agricultura y cómo se regula la distribución de los productos. Y a eso corresponden la vasta evolución de todas las fuerzas morales que produce el proletariado y la exclusión de todas las formas puramente mecánicas de organización, que sólo contribuyen a ahogar el desenvolvimiento natural de esas fuerzas. La organización debe poder adaptarse con un traje sutil a todos los movimientos del cuerpo, si debe merecer realmente tal nombre. No puede hacer encajar esos movimientos en formas muertas o limitarlos a una serie de movimientos automáticos prescritos.

Una organización semejante es la del federalismo, que no significa dispersión de fuerzas, como los críticos malvolutos e ignorantes han reprochado a menudo. No, federalismo significa conexión viviente de todas las energías sociales sobre la base de los intereses comunes y de las convicciones que hallan su expresión en la actividad espontánea del individuo y en el libre acuerdo con todos los demás. Y por esto tenemos un doble y triple interés en que no se desfigure en nuestras propias filas el federalismo; y se le haga responsable de nuestras ideas y cosas inadmirables, que son completamente extrañas a su esencia más íntima. Según mi opinión, en Alemania, donde el movimiento obrero se ha desarrollado muchos años en el espíritu centralista, se es fácilmente llevado a caer en el extremo opuesto y a rechazar toda organización como tal o hablar de ella con un particularismo limitado de capilla, y por tanto debemos oponer toda suerte de esfuerzos en interés de nuestro movimiento si no queremos caer en esa enfermedad.

Me falta todavía acercarme un poco a las objeciones y proposiciones por medio de las cuales creen ciertos camaradas ale-



O. FIORAVANTI - "De la vida obrera"

jar de nuestro movimiento reales o supuestos perjuicios. Yo procederé también aquí objetivamente y dejaré aparte toda cuestión personal. Expresé ya la opinión que según mi punto de vista una parte considerable de las adversidades que se han producido entre la vieja Comisión administrativa y una parte de los compañeros fueron creadas artificialmente y que se profundizaron más por el tono irritado que han adoptado las discusiones. No tengo ninguna razón para querer defender a todo precio a la Comisión administrativa y tengo algún motivo para empujar a sus críticos. Yo mismo, como se sabe, no soy miembro de la Comisión administrativa y no lo seré nunca, pues debo cumplir otras tareas. Me interesan solamente los motivos de naturaleza doctrinaria, siempre que existan. No entraré por consiguiente en la injuria personal con palabra alguna, pues yo no puedo considerar en ella más que un signo de debilidad moral. El que tiene que defender una buena causa, no recurrirá nunca a los odios personales y al menosprecio del adversario efectivo o supuesto. Tales métodos se juzgan por sí mismos y deberían ser evitados en interés del movimiento y del aprecio y la tolerancia recíprocos bajo todas las circunstancias.

Se ha declarado hoy aquí también el temor de que por un acrecentamiento del movimiento sindicalista se producirá el peligro de un aplastamiento del mismo. Fueron especialmente compañeros del movimiento anarquista los que han levantado esta objeción y debo confesar que no se les puede privar de una cierta justificación. Todo movimiento está expuesto a un determinado aplastamiento moral si llega a engrandecerse; ni el más puro movimiento anarquista hace excepción a la regla, pues la etiqueta externa no juega en este concepto ningún papel. Pero justamente porque se debe contar con este peligro es necesario que los camaradas espiritualmente activos no dejen pasar sin utilización ninguna circunstancia que pueda contribuir a la educación interna y a la evolución moral de los miembros. Este trabajo está en la esencia de todo verdadero movimiento federalista y debe ser realizado para conservarlo en su altura moral. También el anarquismo es un ideal social y no se dirige solo a una pequeña minoría, sino a todos. En consecuencia los anarquistas deben someterse igualmente a esa necesidad si no quieren permanecer como una secta ineficaz. No veo en este problema ninguna otra salida y apenas creo que haya compañeros que defiendan otro punto de vista en este concepto.

Pero hay otro problema aún que ha desempeñado ya un gran papel en el congreso de Düsseldorf, y que ha vuelto a repetirse en los debates de este congreso, es decir, el problema de si el sindicalismo se basta o no a sí mismo. Hay sindicalistas que sostienen lo último, y hay compañeros anarquistas en el movimiento sindicalista que se oponen a esta opinión del modo más decidido. Ambas partes tienen naturalmente un derecho indisputable a defender su punto de vista y este problema sería el último que podría dividirnos. En el movimiento sindicalista hay plaza para los anarquistas declarados, como igualmente para los llamados sindicalistas puros, que tienen el parecer de que el sindicalismo se basta a sí mismo. Para mí toda la cuestión es un problema puramente académico, o mejor dicho, está falsamente planteado, y debe llevar irremisiblemente, a malos entendimientos.

Personalmente soy de opinión de que el sindicalismo no se basta a sí mismo, y no puede bastarse a sí mismo porque está expuesto constantemente a las influencias materiales y morales del ambiente, y ha tomado a otras corrientes de ideas que existían antes de él, sus elementos esenciales integrantes. Pero apliquemos el mismo problema a otros movimientos sociales y preguntemos si se puede seriamente llegar a otros resultados. ¿Se basta, tal vez, a sí mismo el anarquismo? ¿Hay en el mundo una idea o una cosa que se basta a sí misma? Los teólogos y metafísicos sostienen, ciertamente que Dios se basta a sí mismo; pero hasta eso no parece justo, pues ellos mismos nos cuentan que Dios ha creado el mundo en un cierto momento de su existencia, lo que es una prueba de que, sin embargo, no se bastaba a sí mismo y debía tener sociedad... En el mundo no hay más que complementaciones y no

autosuficiencias. Por eso digo que el anarquismo y el sindicalismo se complementan mutuamente. El movimiento sindicalista perdería su carácter primitivo y se degradaría hasta el nivel del movimiento sindical ordinario si dejase de tener presentes los grandes principios del socialismo libertario o, para expresarnos más claramente, del comunismo anárquico. Comó movimiento sindicalista dejaría de existir; sería después un sindicato ordinario como los que se ocupan exclusivamente del asunto del salario y de otras cosas por el estilo. Esto tendría su justificación, pero el gran impulso para la nueva formación de la sociedad en el sentido del socialismo libertario, quedaría excluido, y es él quien justamente dá al movimiento sindicalista su propia importancia.

Igualmente digo a los camaradas anarquistas: si os agrupáis en lo sucesivo en pequeños grupos para ejecutar vuestro trabajo, no se puede objetar absolutamente nada. Ese trabajo es beneficioso, puede y debe ser hecho. Pero no hay que olvidar una cosa: con grupos de estudio, sociedades de discusiones, establecimientos editoriales libres, etc., se realiza claramente un trabajo útil de propaganda; pero una nueva sociedad en el sentido del comunismo anárquico no se puede construir con eso. Es necesario algo más: la unión económica, el movimiento obrero. También el anarquismo es infructuoso si no arraiga en el movimiento obrero; y éste no es más que una lucha infructífera si no es penetrada por los grandes ideales del socialismo libertario; y cuanto más voluntaria y más extensamente acontezca esto, tanto más pronto sonará la hora de la liberación.

Quiero todavía decir algunas palabras a aquellos compañeros que olfatean por todas partes tendencias centralistas. No dudo en la buena intención, pero se debe exigir de ellos una cosa: deben primeramente ver claro lo que quieren, lo que es federalismo y lo que es centralismo.

No es posible que, de cada uno aquí su punto de vista como el mejor y piense, por tanto, que eso es la última palabra de la sabiduría. Si empezamos así derrocharemos nuestro tiempo precioso en mil nimiedades; y hablar sin objeto es recreo de locos. Cuando por ejemplo la organización metalúrgica berlina propone lo más seriamente al congreso que las resoluciones, las declaraciones de principios, las bases, etc., deben considerarse y rechazarse como párrafos legales y que debe todo depender de la decisión de cada miembro de los grupos locales, quieran o no dirigirse según ellas, semejante punto de vista no tiene nada absolutamente que ver con el federalismo, y se debe plantear solamente el problema de por qué los compañeros correspondientes están todavía aquí. Si yo no quiero saber nada de todas estas cosas estoy en mi perfecto derecho, pero es una amarga injusticia y un grosero insulto a los principios más elementales de la libertad el querer obligar con la fuerza, por decirlo así, a aceptar mis opiniones a una organización que ha quedado tan atrás que cree no poder mantenerse sin tales cosas. Nadie nos obliga a continuar perteneciendo a una asociación semejante y no tengo ningún derecho a perturbar en su trabajo a hombres que tienen otra opinión. Y el punto de vista representado por los metalúrgicos, supone que, esa es realmente la opinión de toda la organización; y esa opinión es tal, que sobre su base no es posible ya un acuerdo. Esto ni siquiera puede llamarse particularismo, pues hasta el particularismo tiene su lógica: aquí falta todo fundamento lógico. Afirmer que las resoluciones, las declaraciones de principios, etc., son párrafos legales, es un descubrimiento tan asombroso que hasta podría emular a un Titi Eulenspiegel (personaaje de la comedia alemana: —N. del T.). ¿Han comprendido estos compañeros realmente la diferencia entre una ley y una asociación libre? ¿No saben realmente que una resolución, una declaración que nadie puede imponerme contra mi voluntad y cuyo reconocimiento es dependiente de mi decisión personal, no puede bajo ninguna circunstancia ser comparada con una ley para cuya elaboración nadie me ha preguntado nada y que me es impuesta obligatoriamente desde arriba? Si realmente fuera así, entonces ni siquiera les es familiar el A B C del federalismo, cuya base esencial es la asociación libre

de hombres en igualdad de derechos. Por tanto, debe plantearse el problema siguiente: ¿qué beneficio dió hasta ahora la publicación de las maravillosas obras de Kropotkin, Bakunin y otros, con lo que se hizo tan meritoria la editorial del "Syndicalist", si hay compañeros entre nosotros que no se tomaron aun el trabajo de leer esos libros?

(Concluirá)

Rodín a la juventud Su testamento espiritual

"Para los jóvenes que quieran cultivar la Belleza, he aquí los consejos que dá una larga experiencia:

Apad devotamente a vuestros maestros que os precedieron.

Inclináos ante Fidias y Miguel Angel. Admirad la divina serenidad del uno y la angustia salvaje del otro. La admiración es un vino generoso para los espíritus nobles.

Respetad la tradición y sabed encontrar lo que ella encierra de eternamente fecundo: el amor a la naturaleza y la sinceridad. Estas son las dos grandes pasiones en los genios. Todos ellos las han adorado y nunca fueron engañados. Tened en la naturaleza una fe absoluta. Sabed que en ella no encontraréis errores y limitad vuestras ambiciones a serle fieles.

Todo es bello para el artista, puesto que en todo ser y en cada cosa, su mirada penetrante descubre el carácter, es decir, la verdad interior que se trasluce bajo la forma. Y esta verdad es la belleza misma. Trabajad con empeño. El arte no es sino sentimiento. Pero sin la ciencia de los volúmenes, de las proporciones, de los colores; sin la maestría de la mano; el sentimiento se paraliza. ¿Qué haría un gran poeta en un país donde desconociese su idioma? En la nueva generación de artistas existen muchos poetas que desgraciadamente se niegan a someterse al aprendizaje de hablar. Se conforman con balbucear.

El arte no comienza sino con la verdad interior. Que todas vuestras formas, todos vuestros colores traduzcan sentimientos.

Gerard de LACAZE-DUTHIERS

Si vuestro talento es novel no contaréis sino con pocos admiradores y con millares de enemigos. No os desaniméis. Los primeros triunfarán; puesto que ellos saben por qué os aman; los demás ignoran por qué les odian; los primeros son apasionados de la verdad y buscan sin cesar nuevos adherentes; los otros no son consecuentes ni con sus falsas opiniones; los unos son tenaces, los otros giran a todo viento. El triunfo de la verdad es seguro.

Si vuestro talento es novel no contaréis sino con pocos admiradores y con millares de enemigos. No os desaniméis. Los primeros triunfarán; puesto que ellos saben por qué os aman; los demás ignoran por qué les odian; los primeros son apasionados de la verdad y buscan sin cesar nuevos adherentes; los otros no son consecuentes ni con sus falsas opiniones; los unos son tenaces, los otros giran a todo viento. El triunfo de la verdad es seguro.

Si vuestro talento es novel no contaréis sino con pocos admiradores y con millares de enemigos. No os desaniméis. Los primeros triunfarán; puesto que ellos saben por qué os aman; los demás ignoran por qué les odian; los primeros son apasionados de la verdad y buscan sin cesar nuevos adherentes; los otros no son consecuentes ni con sus falsas opiniones; los unos son tenaces, los otros giran a todo viento. El triunfo de la verdad es seguro.

Amad apasionadamente vuestra misión. No existe otra más bella.

El arte es una magnífica lección de sinceridad.

El verdadero artista nos dice siempre su pensamiento, aun en el caso de romper con todos los prejuicios establecidos.

El enseña de esta manera la franqueza a sus semejantes; ¡Imaginad cuán grandioso tendría que ser el progreso para que de golpe la verdad absoluta reinase entre los hombres!

¡Oh! ¡Cómo se desprendería la sociedad de sus errores y miserias y con qué rapidez nuestro planeta se transformaría en paraíso! ¡Tened paciencia! No contéis con la inspiración. Ella no existe. Las únicas cualidades del artista son: juicio, atención, sinceridad, voluntad. Cumplid vuestra misión como hombres honrados.

Augusto RODIN.

Realidades, Verdades

Es inútil todo lo que hagan los amos, inútil que pronuncien condenaciones tras condenaciones, que encierren en sus prisiones a cualquiera que piense libremente, no llegarán jamás a cerrar la boca a los hombres de corazón. Estos proclamarán, a pesar de todo, su fe en un mundo más justo y más bello que el presente, tan deleznable.

Periodistas-denunciadores, policías buenos para todo, no contribuyen en algo a realizar el prestigio de la prensa. El público tiene los periodistas que se merece, los cuales están en armonía con el ambiente. Su honestidad es más bien sospechosa. Manchar a las gentes es su ideal.

La desanimación se ampara de los mejores, que constatan que a su alrededor, es la mentira y la estupidez las que triunfan. Sin embargo, ¿pueden desanimarse los mejores? Su cansancio no es más que pasajero. Más la fealdad se desarrolla y más se esfuerzan ellos para combatirla en sí y en los demás.

Gerard de LACAZE-DUTHIERS

Pedro Kropotkin — Conferencias

La Editorial LA PROTESTA, ha puesto a la venta el primer volumen de las Conferencias de Kropotkin. — Además de "El Estado — su rol histórico" — importante tema de suma actualidad, desarrollado en diez capítulos, éste volumen contiene otra conferencia titulada: "El Estado Moderno", con los siguientes capítulos: *El principio esencial de las sociedades modernas — Siervos del Estado — El Impuesto, medio de crear los poderes del Estado — El Impuesto: medio de enriquecer a los ricos — Los monopolios — Los monopolios del siglo XIX. Los monopolios en la Inglaterra constitucional — En Alemania — Los reyes de la época — La guerra — Rivalidades industriales — La alta finanza — La guerra y la industria — Crisis industriales debido a las previsiones de las guerras — Los caracteres esenciales del Estado — El Estado puede ser un instrumento de emancipación de los trabajadores? — El Estado constitucional moderno — ¿Es razonable reforzar el Estado actual? — Conclusión.*